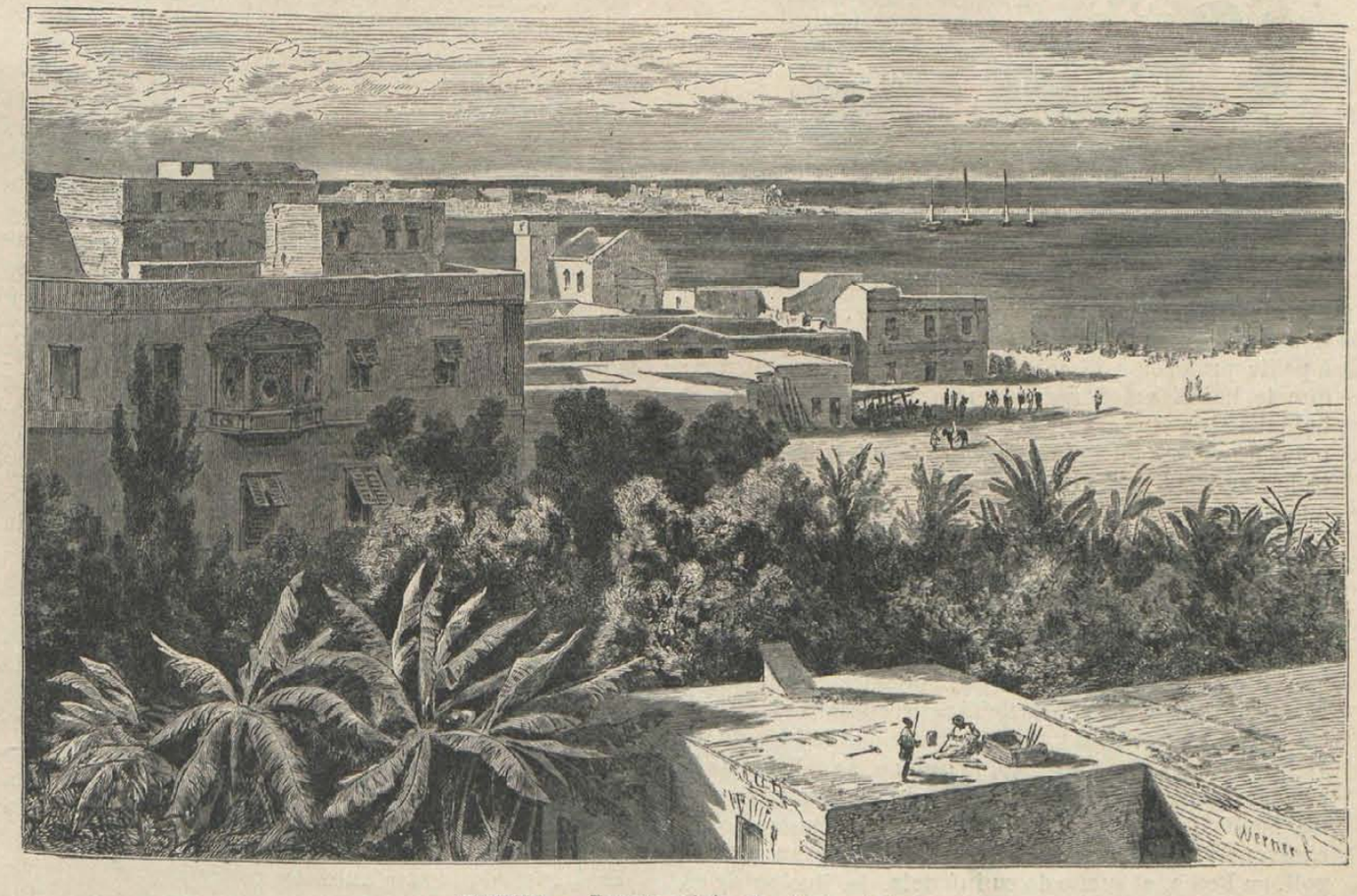
Cuaderno 5.º

1879.

EL MUNDO ILUSTRADO

BIBLIOTECA DE LAS FAMILIAS.

HISTORIA, VIAJES, CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.



EGIPTO. — Puerto viejo de Alejandría.

(Véase la página 136).

© Biblioteca Nacional de España

MARRUECOS,

POR

EDMUNDO DE AMICIS.

TÁNGER.

(CONTINUACION).

V.

Mahomet el desposado.—La morada de Mahomet.—Festin regio.—Fantasía.—Los Aissaua.

Entre la mucha gente que bullia junto á la puerta de la Legacion, veíase un moro elegante, que desde el primer dia se me habia llevado los ojos tras su persona. Era uno de los mancebos más apuestos que en Marruecos habia visto: alto, esbelto, de mirar dulce y melancólico, con una sonrisa por demás expresiva; en suma, un aspecto de sultan enamorado, que Danasch, el espíritu maligno de las *Mil y una noches*, habria podido colocar al lado de la princesa Badura en lugar del príncipe Camaralzaman, en la seguridad de que no se habria aquella quejado del cambio. Llamábase Mahomet, tenia

diez y ocho años y era hijo de un moro de Tánger entrado ya en años, protegido de la Legacion de Italia: un honrado y campechano musulman, que, hacia algun tiempo, iba casi todos los dias con despavorido semblante á pedir proteccion al ministro, contra un su enemigo que le habia amenazado de muerte. Dicho Mahomet hablaba algo el español, *moresco more*, es decir usando todos los verbos en infinitivo, con lo cual le fué posible trabar amistad con mis compañeros. Hacia pocos dias que estaba casado. Su padre le casó para que sentara la cabeza, y al efecto enlazóle á una muchacha de quince años, bella como él. Con todo, el matrimonio no le habia cambiado gran cosa. Continuaba siendo, segun nosotros decíamos, *un moro del porvenir*, que no le hacia ascos á las copas de buen vino,—como no le vieran los suyos;—que chupaba los habanos con plácida delectacion; cansábale por lo monótona la vida de Tánger; buscaba el trato de los europeos y por fin y remate acariciaba la idea de un viaje á España. Sin embargo, lo que en aquellos dias le retenia á nuestro lado, era el deseo de obtener, por nuestra mediacion, permiso en forma para agregarse á la caravana y de esta suerte visitar á Fez, la gran metrópoli, su Roma, el sueño de su infancia, la ilusion de su vida. A este propósito nos prodigaba saludos, sonrisas y afectuosos apretones de mano, con tal expansion y gracia tanta, que bastaran á seducir entero el harem del emperador.

Como casi todos los demás moros de su edad pasábase el dia yendo de una á otra calle, de esta á aquella esquina, para hablar del nuevo caballo de tal ó cual ministro; de la marcha de un amigo á Gibraltar; de la llegada de un buque; del robo ó hurto que se habia cometido; de habladurías de mujer, ó permaneciendo horas enteras, inmóvil y taciturno en un ángulo de la plazuela del mercado, con la cabeza sabe Dios dónde.

Á este bellísimo desocupado vá unido el recuerdo de la primera casa morisca en que puse la planta, y el de la primera comida árabe en que sometí á prueba mi paladar. Un dia su padre nos convidó á comer. Era un deseo que abrigábamos hacia mucho tiempo.

Una tarde, casi á prima noche, guiados por un intérprete, y acompañados por cuatro criados de la Legacion, despues de haber atravesado algunas callejuelas oscuras, llegamos delante de una puerta adornada con arabescos, que se abrió como por encanto al aproximarnos, y pasado un aposentillo blanco y completamente desmantelado, nos encontramos en el centro de la casa. Lo primero que nos llamó la atencion, fué un gran tropel de gentes, una luz extraña, una maravillosa pompa de colores. Saliónos al encuentro el dueño de aquella, acompañado de su hijo y de sus parientes, ciñendo todos grandes turbantes de deslumbrante blancura: marchaban detrás algunos servidores con las capuchas echadas: más léjos, en los ángulos ménos iluminados y junto á los umbrales de las puertas, podian distinguirse mujeres y niños en cuyos rostros veíase pintada la sorpresa; mas á pesar de hallarse reunida tanta gente, reinaba un silencio profundo. Imaginaba hallarme en una sala: levanté la cabeza, y ví el cielo estrellado. Estábamos en el patio.

Como todas las casas árabes, era aquella un pequeño edificio cuadrado con un patinejo en el centro, á dos de cuyos lados se abrian dos puertas que daban ingreso cada una á un aposento largo y de elevada techumbre, desprovisto de toda ventana, y sin más abertura que la arqueada puerta de ingreso, de la cual pendia un pesado cortinon. Las paredes eran blancas como el ampo de la nieve; los arcos de las puertas dentellados; el pavimento de mosaico; aquí y allá pequeños ajimeces pareados y diminutos babucheros. La casa habia sido adornada convenientemente con motivo de nuestra recepcion. Los suelos estaban cubiertos de alfombras y catifas: junto á las puertas brillaban velas de color de rosa, verdes y amarillas, puestas en magníficos candelabros; y colocadas sobre diminutas mesillas, veíanse macetas con flores, que reproducian los tersos y brillantes espejos instalados detrás de ellas. El efecto de todas estas cosas, extraño en sí mismo y aisladamente considerado, resultaba extrañísimo al considerarse en conjunto. Habia allí algo de decoracion de iglesia y al par de adorno de teatrillo, de sala de baile y de postiza majestad; pero lleno todo de gentileza y de gracia, y en la distribucion de las luces, y en la combinacion de los colores, un efecto nuevo, un significado profundo, una maravillosa correspondencia con todo cuanto, bien que confusamente, habíamos pensado y sentido respecto de aquel pueblo, cual si fuese aquella la luz, si así podemos decirlo, y al par que la luz, el colorido de su filosofía, de su religion. Viendo el interior de aquella casa, penetrábamos por vez primera en el interior de la raza entera.

Pasáronse algunos minutos en cortesías y afectuosísimos apretones de manos, despues de lo cual fuímos invitados á ver el aposento nupcial. Por mi parte, con la

© Biblioteca Nacional de España

curiosidad propia de un europeo poco aprensivo, por no decir descarado, busqué los ojos de Mahomet, mas inútilmente, pues éste habia inclinado la cabeza y velado el rubor bajo el turbante. La cámara nupcial consistia en una sala alta, larga y estrecha, cuya puerta salia al patio. En el fondo veíase á un lado el lecho de la esposa, y en el opuesto el de Mahomet, cubiertos ambos de riquísima estofa de un rojo subido, recortado por bellísima franja: el pavimento hallábase cubierto de preciosas alcatifas de Rabat, y las paredes de tapices rojos y amarillos: entre los dos lechos veíase el ropero de la novia adosado al muro, abundantemente provisto de jubones, faldas, calzas, vestimentas y prendas de formas desconocidas, de todos los colores de florido jardin, de lana, de seda, de terciopelo, lisas, recamadas y bordadas de oro y de plata; toda la canastilla de una muñeca de archiduquesita; un espectáculo capaz de trastornar la cabeza á un coreógrafo y hacer morir de envidia á una bailarina.

Desde allí pasamos al comedor. Tambien se veian en él alfombras, tapices, flores, ricos candelabros puestos en el suelo; cojines y almohadones de mil colores colocados junto á las paredes, y dos lechos adornados con gran magnificencia, puesto que la estancia constituia la cámara nupcial del amo de la casa. Al lado de uno de aquellos, hallábase dispuesta la mesa, contra la costumbre de los árabes, que colocan los platos en el suelo y comen sin cubiertos; y á despecho de los preceptos del Profeta, brillaba en derredor una corona de añejas botellas, destinadas á recordarnos en medio de las voluptuosidades del festin moro, que éramos de pura raza cristianos. Ántes de acercarnos á la mesa, nos sentamos en los cojines cruzando las piernas á estilo oriental, en derredor del secretario del dueño de la casa, un hermoso moro con turbante, que preparó el té delante de nosotros y nos sir-

vió, segun la costumbre establecida, tres tazas á cada uno, debidamente azucaradas y perfumadas con esencia de yerba buena, en tanto que entre taza y taza acariciábamos la colilla y la pelada cabezuela de un morito de cuatro años, último de los hermanos de Mahomet, que contaba furtivamente los dedos de nuestras manos para convencerse de que eran cinco como los de todos los mahometanos. Apurado el té nos sentamos á la mesa. El dueño, para más obsequiarnos, consintió, despues de muchas súplicas, en sentarse como nosotros, y entónces comenzaron á desfilar ante nuestros encantados ojos los platos de la cocina árabe, objeto de nuestra curiosidad.

***

Yo comencé el primero con la mayor confianza... ¡Dios eterno! Mi primer impulso fué lanzarme sobre el cocinero y ahogarle entre mis manos. No, no exagero si digo que mi rostro hizo cuantas contorsiones puede ofrecer el semblante de aquel que se siente acometido de improviso por un cólico agudo, ó ha recibido la inesperada noticia de la quiebra de su banquero. Entónces comprendí perfectamente que las gentes que de aquella manera comen, crean en un Dios distinto del nuestro y tomen en otro sentido la vida humana. Sólo comparándome á un desgraciado que se hubiese visto en la dura precision de comer en los cachivaches de un peluquero, podria conseguir que se formara una idea aproximada de lo que sentí en la boca: aquello sabia á pomadas, á ceretas, á jabones, á tinturas, á cosméticos, á menjurges, á demonios, á todo cuanto en fin pueda imaginarse de más impropio para ser introducido en una boca humana. A cada nuevo plato cambiábamos miradas de sorpresa y terror. La materia prima debia ser buena, puesto que la formaban aves, carnero, caza y pesca, platos enormes de muy buen aspecto, pero nadando todo en salsas abominables; todo untoso, perfumado, cubierto de pomada; todo dispuesto al parecer, más bien para ser alisado con el peine, que cogido con el tenedor. Con todo, era indispensable acabar con algo, y me preparaba al sacrificio recordando que Aleardi ha dicho:

¿A quién, en la vida,
De escondido delito no le pesa?
Mas, ¡algo se expía!

***

Lo único comible era el carnero asado. Ni siquiera el cuscusú, el plato nacional de los moros, hecho con grano triturado del tamaño de la sémola, cocido al vapor y condimentado con caldo ó con leche,—fementido simulacro del arroz,—ni siquiera el cuscusú pude engullir sin gesticular y mudárseme la color. Y hubo alguno de los nuestros que por bien parecer, llevó su heroismo al extremo de comer de todos los platos. ¡Dígase despues de esto que en Italia no existen los caractéres!

A cada bocado, nos preguntaba nuestro huésped con la mirada, qué tal nos sabia, y nosotros poniendo los ojos en blanco le respondíamos á coro:—«Soberbio, excelente,»—y luego para cobrar valor apurábamos un sorbo de vino.

Llegada la ocasion oportuna, estalló en el patinejo una música extravagante que nos hizo incorporar como impulsados por un resorte. Eran tres tañedores, venidos, cual lo exige la costumbre árabe, para animar el festin: tres árabes de ojos grandísimos y acaballada nariz, vestidos de blanco y rojo que, sentados junto á la puerta del aposento donde nos hallábamos, y arrimados á un babuchero en el cual dejaron sus plantuflos, tañian uno la tiorba, otro la bandurria y el tercero el tamboril. Sentámonos de nuevo, y los platos comenzaron á desfilar en interminable procesion (veinte y tres, comprendido el postre, si la memoria no me es infiel), y á experimentar contorsiones nuestro semblante, y á saltar al aire los tapones. Las repetidas libaciones, siquiera parsimoniosas, el aroma de las flores, los perfumes que ardian profusamente en cincelados pebeteros de Fez, y aquella extraña música que á fuerza de repetir su melancólico y misterioso lamento, acaba por apoderarse del ánimo con irresistible simpatía, produjéronnos una pasajera embriaguez taciturna y fantástica, durante la cual cada uno de nosotros creyó sentir sobre la frente el peso del turbante, y encima del pecho la cabeza de una sultana.

***

Terminada la comida nos levantamos y esparcimos

© Biblioteca Nacional de España

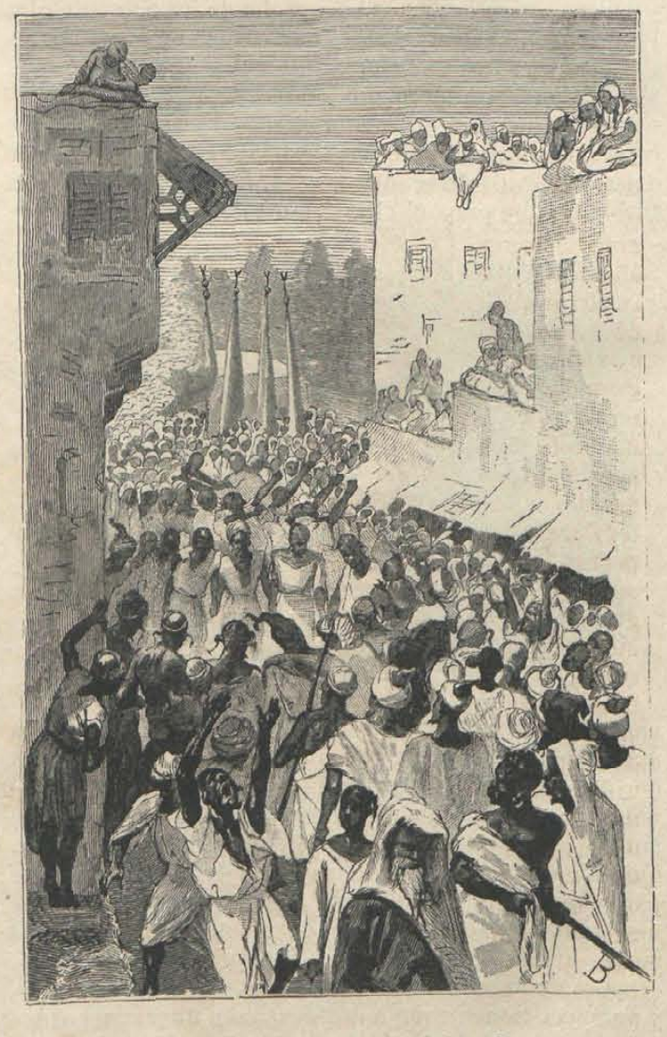
por la sala, por el patio, por el vestíbulo, por todas partes, mirándolo todo y husmeándolo todo con curiosidad verdaderamente infantil. En cada ángulo oscuro, quieto como una estatua, distinguíase un árabe de talla enorme, envuelto en su capa blanca. La puerta de la cámara nupcial habia sido cerrada con el cortinon, y al través del ajimez podia distinguirse un gran movimiento de cabezas veladas. En las ventanillas superiores aparecian y desaparecian algunas luces. Oíase rumor de voces de gente escondida. Encima y alrededor de nosotros bullia una vida invisible, que nos advertia hallarnos dentro de los muros, pero no en el interior de la casa; que la belleza, el amor, el alma de la familia habíase refugiado en los rincones más apartados; que nosotros éramos los que constituíamos el espectáculo, en tanto que la morada aquella continuaba envuelta en el misterio. A deshora apareció, saliendo por una puertecilla, la criada del ministro que habia ido á ver á la desposada, y al pasar á nuestro lado para marcharse, exclamó:—«¡Ah! ¡si viéseis que hermoso capullo de rosa; que ángel del paraíso!»—Y en tanto la música continuaba sonando, el aloé despidiendo su penetrante perfume, y nosotros seguíamos recorriendo y husmeando, y la cabeza fantaseaba, fantaseaba... y fantaseaba cual nunca, cuando al dejar en pos de nosotros aquel ambiente lleno de luz y de perfumes, tomamos por una callejuela solitaria y tenebrosa á la luz de una linterna y en medio del silencio más profundo.

* * *

Difundióse una noche la esperada nueva de que al otro dia harian su entrada en la ciudad los Aissaua.

Son los Aissaua una de las principales hermandades religiosas de Marruecos, fundada como las demás, en virtud de inspiracion divina, por un santon llamado Sidi-Mohammed-ben-Aissa, nacido en Mequinez hace doscientos años, cuya vida es una larga y confusa leyenda de milagros y aventuras fabulosas, de diferentes maneras contada. Los Aissaua se proponen alcanzar del cielo una proteccion especial, orando incesantemente; ejerciendo ciertos actos y ritos que les son propios; manteniendo vivo en su pecho, más bien que el sentimiento de la fe, un estado de exaltacion, una fiebre religiosa, un furor divino, que se traduce en manifestaciones de un carácter tan extravagante como feroz. Tienen una gran mezquita en Fez, que viene á ser la casa principal de la órden, y desde ella se diseminan todos los años en grandes grupos, por las diferentes provincias del imperio, para que se les incorporen aquellos de sus cofrades que habitan en las ciudades y en las aldeas, á fin de celebrar reunidos sus fiestas solemnes. Su rito, semejante al de los derwiches aulladores y danzantes de Oriente, consiste en una especie de danza desenfrenada, acompañada de saltos, gritos y contorsiones, en la cual van agitándose y enfureciéndose paulatinamente, hasta tanto que, perdida por completo la razon, rompen con los dientes pedazos de madera y de hierro, se aplican sobre el cuerpo carbones hechos ascua, se rajan las carnes á navajazos, tragan lodo y guijarrillos y descuartizan animales que devoran vivos y cubiertos de sangre, hasta que caen rendidos de fatiga y exhaustos de fuerzas y de juicio. Los Aissaua que yo ví en Tánger no se entregaron á tales excesos: hay más, presumo que pocas veces llegan á semejantes extremos, suponiendo que los haya aun capaces de realizarlos; mas con lo que presencié tuve bastante para quedar impresionado en tales términos, que no lo olvidaria por mucho que viviese.

El ministro de Bélgica nos invitó á presenciar el espectáculo desde la azotea de su casa, que domina la calle principal de Tánger, por la cual suelen pasar los Aissaua para dirigirse á su mezquita. Su entrada debia tener lugar á las diez de la mañana, penetrando en la poblacion por la puerta del Zoco de Barra. Una hora ántes la calle estaba llena de bote en bote y las casas coronadas de mujeres árabes y hebreas vestidas con sus trajes de vivos colores, que daban á las blancas azoteas el aspecto de inmensos canastillos de flores. A la hora referida todas las miradas se dirigieron hácia la puerta, situada al extremo de la calle, y pasados algunos minutos aparecieron los que precedian á la turba. La muchedumbre era tan densa, que los Aissaua no se distinguieron de los espectadores miéntras no llegaron á pocos pasos de donde estábamos. Durante algun tiempo sólo pude distinguir una masa ondulante de cabezas encapuzadas, de entre las cuales surgian, aparecian y desaparecian algunas completamente descubiertas, que al parecer eran de gentes que andaban peleándose. Por encima de las cabezas se veian varias banderas. De cuando en cuando oíase un grito simultáneo producido por muchas voces. La muchedumbre venia delante marchando lentamente. Poco á poco pudo distinguirse en todas aquellas cabezas cierto ordenado movimiento. Segun me pareció, los primeros formaban un círculo: á



éstos seguian otros marchando en doble fila: venian en pos algunos más constituyendo un nuevo círculo: despues los de los círculos se alineaban en fila, en tanto que los de las filas se reunian en círculo, y así consecutivamente. He dicho segun me pareció, porque era tanta la curiosidad que sentia de verlo y observarlo todo, que es muy posible que dividida la atencion en cada

© Biblioteca Nacional de España

objeto particular, me pasara inadvertida la ley del movimiento general.

Trascurridos breves momentos llegaron debajo de la azotea ocupada por nosotros los que iban á la cabeza. Mi primera impresion fué una mezcla de lástima y de horror. Ví desde luego dos filas de hombres mirándose los unos á los otros, vestidos con capas y larguísimas vestes blancas, que se mantenian unidos por las manos, por los brazos y por los hombros, levantando los piés cadenciosamente, bamboleándose, sacudiendo la cabeza adelante y atrás y dejando oir un murmullo sordo y afanoso, que interrumpian de cuando en cuando desgarradores gemidos, ronquidos profundos, suspiros jadeantes é interjecciones terribles de rabia y estupor. Unicamente los poseidos de Rubens, los muertos resucitados de Goya y el moribundo magnetizado de Poe pueden dar una idea de aquellas figuras. Eran caras lívidas y convulsas, con los ojos saltándoseles de las órbitas y la boca cubierta de espuma; rostros de febriscitantes y epilépticos; algunos iluminados con sonrisas indefinibles, otros que sólo dejaban ver el blanco de los ojos, otros contraidos como presa de un espasmo atroz, ó pálidos é inmóviles como cadáveres. De cuando en cuando haciéndose uno á otro un gesto extraño con el brazo caido, lanzaban á la vez un grito agudo y doloroso cual si hubiesen recibido una puñalada mortal: despues daban algunos pasos adelante y comenzaban de nuevo la danza gimiendo y jadeando, y en tónces se veia un desordenado y ondulante movimiento de capuchones, mangas inmensas, trenzas, copetes, cabelleras enmarañadas ó dispuestas en largos tirabuzones que ofrecian todo el aspecto de ensortijadas culebras. Algunos más espiritados iban de una á otra fila bamboleándose como beodos y aporreándose contra las paredes y las puertas. Otros, como arrebatados en éxtasis, marchaban tiesos, erguidos, casi inmóviles, con la frente alta, los ojos medio cerrados y los brazos caidos. Habíalos verdaderamente postrados, que no teniendo aliento para moverse, ni tan sólo para gritar, marchaban sostenidos por algunos compañeros que los conducian como cuerpos muertos por debajo de los sobacos, con el rostro vuelto hácia la muchedumbre. El bailoteo se hacia cada vez más descompuesto, y la gritería más ensordecedora. Aquello eran sacudimientos de

Concierto en casa de Mahomet.

Los Aissaua.

© Biblioteca Nacional de España

cabeza capaces de dislocar las vértebras cervicales, é hipidos bastantes para abrir la caja del pecho. De aquellos cuerpos cubiertos de sudor exhalábase un hedor nauseabundo semejante al que se desprende de una jaula de fieras.

Cada vez que alguno de aquellos rostros descompues-

Moro en traje de gala.

tos se dirigia hácia la azotea y fijaba en mí sus extraviados ojos, sin poderlo remediar volvia la vista y desviaba la cabeza. De un momento á otro cambiaba en mi interior el efecto producido por semejante espectáculo. Unas veces se me figuraba que era una gran mascarada y me sentia con ganas de reirme: otras veia en él la viva imágen de una inmensa orgía de locos, de enfermos presa del delirio, de marineros borrachos, de condenados á muerte que trataran de ahogar en excesos desenfrenados el terror de que se hallaban poseidos, y entónces sentia oprimírseme el corazon: otras, finalmente, parábame á considerar la belleza salvaje del cuadro, y experimentaba la voluptuosidad del artista. Pero poco á poco se impuso en mi mente el sentido íntimo de aquel rito: el sentimiento que se traducia por medio de aquellas extravagancias, y que todos hemos experimentado diferentes veces. La impotencia del alma humana agitándose en esfuerzos inútiles ante la idea de lo infinito despertóse en mí, y sin darme cuenta de ello, iba acompañando aquel torbellino con el lenguaje que lo explicaba:—Sí, te siento, Poder misterioso y tremebundo: me revuelvo bajo la presion de tu mano invisible; el sentimiento que de Tí tengo me oprime; no tengo fuerzas para resistirlo: mi corazon se hace pedazos, mi razon se desvanece, mi frágil envoltura de arcilla deleznable se resuelve en polvo invisible.—Y seguian discurriendo delante de mí, derechos, erguidos, pálidos, desmelenados, exhalando ayes lastimeros, con los cuales parecia que se les iba la vida. Un viejo derrengado, imágen perfecta del rey Lear, fuera de sí, salióse de la fila y comenzó á sacudir á derecha é izquierda la cabeza en ademan de estrellársela contra la pared: los compañeros le contuvieron. Un jóven se cayó desvanecido cuan largo era. Otro, con el cabello suelto sobre la espalda y la cara oculta entre las manos, pasó precipitadamente encorvado hasta el suelo, como el réprobo que sintiera sobre su conciencia la maldicion de Dios. Pasaron beduinos, moros, berberiscos, negros, colosos, momias, sátiros, rostros de caníbales, de santos, de aves de rapiña, de esfinges, de ídolos indianos, de furias, de faunos, de diablos colorados. Serian de tres á cuatrocientos y desfilaron en ménos de media hora. Cerraban la marcha dos mujeres (puesto que las mujeres pueden tambien pertenecer á la órden), dos efigies de enterradas vivas salidas de la tumba para meterse en el ataud; dos esqueletos animados, que arrastraban sus luengas mortajas, con el cabello enmarañado y caido sobre el rostro, los ojos extraviados, la boca cubierta de espuma, agotadas las fuerzas, si bien animadas de un movimiento del cual al parecer no tenian conciencia, que se deshacian en contorsiones, aullaban y se desmayaban, y en medio de ellas un viejo de figura gigantesca, un nigromante centenario, vestido con una túnica larguísima, que estirando sus brazos desmesurados y cadavéricos, colocaba la mano sobre la cabeza ora de la una ora de la otra, con aire de proteccion, y las ayudaba á levantarse del suelo. Detrás de estos tres espectros precipitóse una turba de árabes armados, mujeres, mendigos, chicuelos; y toda aquella barbarie, todo aquel furor, todo aquel inmenso cúmulo de humana miseria invadió la plaza y desapareció.

Traducido del italiano por
CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

(Continuará).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO II.

INFLUENCIA GENERAL DE LA MÚSICA.

(CONTINUACION).

IV.

Numerosos hechos y párrafos, citados y escritos por celebrados autores, demuestran que en todos tiempos la música ha ejercido generalmente influencias diversas, siquiera no hayan sido especificadas.

Quintiliano, que tan magistralmente se ha ocupado del asunto, dice: «La historia nos enseña que los más grandes capitanes tocaban la flauta y otros instrumentos, y que los soldados lacedemonios se enardecian al oir los acordes de la música. ¿Acaso no producen igual efecto en nuestras legiones el sonido de los clarines y de las trompetas? La misma intensidad de sus notas parece guardar proporcion con la superioridad de las armas romanas... ¿Qué más diré sino que la naturaleza misma, al parecer, nos ha hecho tal presente para ayudarnos á mejor conllevar nuestras penas? El canto da ánimo á nuestros remeros, no solamente para llevar á cabo aquellos trabajos que exigen el concierto de muchos esfuerzos, sino que aun aisladamente olvidan sus fatigas con modular algunos rústicos cantos (1).»

(1) QUINTILIANO, lib. II, cap. XI.

© Biblioteca Nacional de España

Y en otro pasaje dice: «Sabido es que los discípulos de Pitágoras tenian la costumbre de pulsar la lira al dejar el lecho, con cuyo ejercicio despejaban sus potencias y se sentian más aptos para el trabajo; y otro tanto hacian al acostarse, pues los acordes de la lira calmaban el impulso de los sentidos y alejaban la memoria de los tumultuosos recuerdos del dia (1).»

Observa Tácito que los germanos tenian un Hércules,

Trompeta guerrero. (Sacado de un monumento de Ninive, que se conserva en el Museo Británico).

y que de todos los héroes era el primero á quien cantaban cuando se encaminaban al combate, entonando estrofas que llamaban *bardit*, para disponerse á la lucha. «Antes de empezar las batallas, dice, infieren del canto del *bardit* los presagios de su victoria ó derrota. Este canto, ménos que un conjunto de palabras, viene á ser una especie de concierto guerrero: lo que más les gusta en él es la dureza de los sonidos y cierto murmullo ahogado que obtienen aproximando el escudo á la boca, de manera que la voz, saliendo más fuerte y más grave, aumente por medio de la repercusion (2).»

Pueden citarse, asimismo, diversos pasajes de Ossian, de los cuales se desprende el grande uso que los caledonios hacian de la música: «Carril aplica á sus labios la trompa guerrera; entona el himno bélico é infiltra su alma en el alma de los héroes (3).»

«Una vez acordado el dia del combate, el rey pasaba la noche precedente en una colina, léjos del ejército. Allí, en medio del mayor silencio y soledad, meditaba el plan de la batalla. Al despuntar el dia conferia el mando á alguno de los jefes y permanecia en la colina con algunos bardos: los restantes se juntaban al ejército y entonaban el canto de guerra. Si el rey observaba que sus gentes flaqueaban, expedia á uno de aquellos á fin de entusiasmarles con un canto guerrero; mas si aun así continuaban yendo de vencida, descendia el monarca de la colina y entraba personalmente en accion (4).»

Al igual de los discípulos de Pitágoras, tocaban instrumentos desde la aurora. «Vendrán á este sitio, dice el poeta, y en vano tratarán de escuchar la voz de Ossian: la voz de Ossian estará extinguida. El cazador, al despuntar el alba, se aproximará á mi morada, y ya no se oirá la voz de mi arpa. ¿En dónde, preguntará, en dónde se encuentra el hijo de Fingal? El mayor silencio acogerá estas palabras, y amargas lágrimas surcarán sus mejillas (1).»

Montaigne nos cuenta que su padre, insiguiendo el ejemplo de los pitagóricos, le despertaba todos los dias al son de algun instrumento, á fin de comunicarle, desde primera hora, tranquilidad de espíritu y buen humor.

V.

Plutarco habla á menudo de la influencia de la música. «Generalmente, dice, examinando las poesías de los lacedemonios, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros, y los aires militares que ejecutan con la flauta cuando marchan contra el enemigo, se comprenderá que ni Terpandro ni Píndaro han estado desacertados haciendo del valor el compañero de la música... Formado el ejército en batalla, frente á frente del enemigo, el rey inmolaba una cabra, ordenaba á todos los soldados colocar una corona sobre su cabeza y á los músicos tocar en la flauta el motivo de Castor, y luego daba la señal de ataque entonando el cántico de guerra. Majestuoso espectáculo, majestuoso y terrible á un tiempo, era la marcha cadenciosa, al son de la flauta, de aquellos guerreros, colocados en su respectivo sitio de batalla: ninguno de ellos se separaba de las filas, ninguno sentia los efectos del miedo. Grave el paso y alegre el continente, iban al encuentro del peligro, á los acordes sones de la música (2).»

Cuando se hubo aproximado á Corinto la flota que contenia los restos mortales de Demetrio, vióse desde léjos, en la proa de una embarcacion, la urna cubierta con la púrpura real, la diadema encima de ella y rodeada de una guardia de jóvenes soldados. «Xenophantus, el más hábil tocador de flauta de aquellos tiempos, sentado junto á la urna, ejecutaba el más sagrado de sus cantos religiosos y al compás de sus melodías ajustaban los remeros sus movimientos. La flota avanzaba lentamente, produciendo un rumor parecido al de unos funerales, y los gemidos de los presentes formaban el acompañamiento de los acentos lúgubres de la flauta (3).»

Hablando de Cleopatra, dice el mismo Plutarco: «Navegó tranquilamente por el Cidno en un buque cuya popa era de oro, las velas de púrpura y los viradores de plata. El movimiento de los remos se ajustaba al son de las flautas y de las liras (4).»

En otro pasaje se expresa de esta suerte: «Cayo era de temperamento rudo y arrebatado: frecuentemente, en sus peroraciones, hacia involuntariamente impetuosos ademanes de cólera; alzaba la voz más de lo debido, prorumpia en invectivas é incurria en toda suerte de inconveniencias. Para corregir tales defectos, cierto esclavo llamado Licinio, dando una muestra de aguda inteligencia, se colocaba detrás de aquel orador, provisto de instrumentos á propósito para regular la voz, y en cuanto echaba de ver, por lo descompasado de las palabras, que su señor se dejaba dominar por la cólera, ejecutaba un acorde suave que moderaba instantáneamente la vehemencia de Cayo y, haciéndole bajar el tono de la voz, dulcificaba su declamacion y tranquilizaba notablemente su ánimo (5).»

Traducido del francés por
MANUEL ANGELON.

(Continuará).

(1) QUINTILIANO, lib. IX, cap. III.
(2) TÁCITO, *Costumbres de los germanos*, III.
(3) *Fingal*, canto II.
(4) P. CHRISTIAN, *traduccion de Ossian*, p. VII y VIII.

(1) OSSIAN, *Nina de Berrathon*.
(2) LICURGO, *Vida de hombres ilustres*.
(3) PLUTARCO, *Vida de Demetrio*.
(4) IDEM., *Vida de Antonio*.
(5) IDEM., *Vida de Cayo Graco*.

© Biblioteca Nacional de España

EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA

POR

JORGE EBERS.

ALEJANDRÍA MODERNA.

L visitar un habitante del Norte, á mediados del siglo pasado, la ciudad de Alejandría, la comparó con un pobre niño huérfano, á quien, de todo lo que su padre poseia, no le habia quedado nada más que un nombre célebre en el mundo.

El que hoy dia da fondo en la rada de esta ciudad en uno de los muchos vapores de las naciones que la frecuentan, y contempla las monstruosas fábricas nuevas de su puerto, y recorre el suntuoso cuartel de los francos, y sigue los coches que por la puerta de Roseta, la antigua puerta kanópica, salen al campo, el tal encontrará que fué muy duro el epíteto de huérfano que se le dió entónces, y se inclinará á creer que, con el nombre (1), ha heredado tambien el pobre huérfano una buena parte de las posesiones de su afamado padre. Y con todo, aquel viajero del Norte tenia razon; ya que en su tiempo poseia la ciudad tantos miles de habitantes como centenares de miles habia contado en sus prósperos tiempos. El comercio iba á ménos cada dia; uno de sus puertos, en el cual, con exclusion de los demás, podian entrar los buques europeos, estaba tan perdido y mal seguro, que cuando Volney visitó el Egipto, un viento tempestuoso que se levantó destrozó cuarenta y dos barcos contra los diques del puerto, y todo buque al entrar en él corria el riesgo de dar con la quilla en el fondo, al paso que el otro puerto, llamado en el dia «Puerto viejo,» único donde podian fondear los turcos, se iba perdiendo cada dia con la indolencia oriental que permitia á las tripulaciones arrojar el lastre al agua.

La poblacion era tan miserable, que carecia de todo lo necesario,

(1) Los turcos, sin embargo, le dan el nombre de Iskenderijeh.—*(N. del T.)*

© Biblioteca Nacional de España

JÓVEN COPTA.

© Biblioteca Nacional de España

y hasta del agua potable, cuando el Nilo, en su inundacion, no enviaba una parte de su caudal á los fosos de la ciudad. Las casas eran bajas y ruines; en el mercado no se veian más que dátiles y panes redondos, y por las calles se tropezaba á cada paso con escombros y ruinas. El aullido de los chacales y el grito estridente del buho interrumpian el sueño de las noches, y en las baterías descuidadas de la plaza no se encontraban cuatro cañones en su debido puesto. Asquerosa y miserable se presentaba al empezar este siglo la rica fundacion de Alejandro, tan rebosante de vida en otros tiempos; pero conforme fué convaleciendo y corroborándose, entró en su último tercio muy mejorada.

Pero veamos ahora cómo vino á perder un árbol tan robusto sus flores, y cómo una nueva primavera le dió otras nuevas.

Ya en el primer siglo despues del nacimiento del Redentor se propagó rápidamente el cristianismo en el

Isis con Horo.

valle del Nilo y en Alejandría. Créese que el mismo Evangelista San Márcos anunció en ella la nueva doctrina, para la cual estaban los egipcios mejor preparados que los demás pueblos de la antigüedad; pues ya desde milenios estaban acostumbrados á fijar la atencion en lo nuevo, y á considerar la tierra como una posada, y lo de más allá como la verdadera patria del hombre. Los iniciados de entre los sacerdotes conocian un solo Dios, que mostraban al pueblo bajo muchos nombres y formas, presentando en un hermoso mito la circulacion de la vida, cuyo héroe triunfaba sobre la muerte, la lobreguez y el pecado. Las imágenes de Isis con el niño Horo al pecho fueron las primeras representaciones de una Madre de Dios con el Hijo, y la penitencia y sus prácticas no eran desconocidas á los egipcios; como que en Alejandría tenia el templo de Serápis celdas solitarias en las que se encerraban hombres buenos cansados del mundo para huir del bullicio de la vida; y un satírico romano se burla de las buenas mujeres entre los adoradores de Isis que se dejan imponer penitencias por los sacerdotes, y hasta baños en el rio en el rigor del invierno, para purgar los pecados de la sensualidad. Esta disposicion á la penitencia que tan extraña le pareció al romano gentil, no dejó de contribuir á que se granjease el cristianismo tantos discípulos en las riberas del Nilo. Propagóse tambien rápidamente la buena nueva en la numerosa comunidad israelita de la ciudad; por cuanto el inflexible teismo de los judíos se habia ido ablandando en Alejandría con los estudios religioso-filosóficos á que eran aficionados los guias espirituales de la comunidad hebráica, educados y formados á la griega, y que hablaban y escribian el griego. Aquí, pues, se unió la religion del Oriente á la filosofía del Occidente. Con los brazos abiertos fué recibida en el Nilo la salvadora doctrina de Palestina, y las tradiciones se fundieron en formas y se motivaron en Alejandría, ciudad de los pensadores de escuela filosófica y de intérpretes metódicos; pero en grado tal, que al Occidente le parecieron atractivas y muy difíciles de refutar.

El cristianismo, que nació en Palestina, fué criado en Alejandría.

No es este el lugar de narrar las luchas y combates que la comunidad alejandrina cristiana tuvo que sostener con los gobernantes paganos. Aquellos dias de persecuciones forman la época de los mártires, y muchos de los más nobles testigos de sangre de la Iglesia católica fueron llevados al suplicio para dar testimonio de su fe; pero despues de entronizada la religion, llególe al paganismo la vez de sufrir tambien persecuciones, ya que al lado de la conmovedora figura de santa Catalina puede colocarse la de la jóven y bella Hypatia, poetisa griega, notable, con sus ribetes de filósofo, que fué muerta á palos en las calles de Alejandría.

Ya en el siglo III, despues de Jesucristo, pudo el patriarca Theonas consagrar en Alejandría una iglesia dedicada á la Vírgen; en el siglo IV, despues de la muerte del apóstata Juliano, que vanamente se esforzó en restituir á los dioses de los gentiles el culto que habian perdido, el Egipto todo quedó convertido al cristianismo. Empero, la doctrina de paz del Salvador del mundo no logró sosegar el carácter turbulento y levantisco del pueblo alejandrino tan mezclado, ni calmar su sangre ardiente.

El afan pendenciero de los vecinos más ricos encontró con esto una nueva palestra en el terreno de la creencia. Así como en tiempos anteriores, por las más frívolas discusiones mundanas, se arrojaban todos á las calles y á la pelea, corrió tambien ahora el alejandrino á las armas cuando se trataba de discutir sobre opiniones dogmáticas; y entre ellos no faltaron en la ciudad críticos que empezaron á analizar la naturaleza de Jesucristo, como en tiempos anteriores habian sometido á su sutil investigacion formas gramaticales y hechos históricos. Lamentable sin duda fué este fenómeno, pero grandioso al mismo tiempo, é incomparable, como muestra de cuán penetrada estaba de sentimiento religioso la vida de aquel tiempo.

Las más famosas y preñadas de graves consecuencias fueron las controversias que se suscitaron sobre la cuestion de si Jesús era de naturaleza parecida ó igual á la de Dios; y la otra de si habia que creer en dos naturalezas en Cristo ó en una sola (la divina). La última opinion, defendida por Eutiques, fué apoyada por el patriarca de Alejandría Dióscoro y por sus diocesanos, al paso que fué reprobada y declarada herética por el concilio de Calcedonia. Los emperadores alejandrinos que reinaban entónces en Egipto, y que se sometieron á la resolucion del concilio, combatieron la errónea doctrina de los monofisitas, esto es, de los que veian en Cristo una sola naturaleza; los egipcios, empero, persistieron en su creencia, y no contentos con esto, ultrajaron á los partidarios de la doctrina ortodoxa dándoles el epíteto de *melikitas*, que podríamos traducir por «Siervos del rey.» En el dia, siguen siendo sectarios de la doctrina monofisítica los cristianos indígenas de Egipto que luego conoceremos con el nombre de *coptos* ó *koptos*.

© Biblioteca Nacional de España

Los funcionarios públicos y la milicia de los emperadores, que eran ortodoxos, procedieron con mucha dureza con los súbditos adheridos á la otra creencia, los cuales se oponian al cambio forzoso de obispos; por donde trabaron en las calles combates sangrientos, de los cuales solian salir vencedores los soldados con graves pérdidas de los laicos de Alejandría. Agregóse luego á esto la llegada de los muchos monjes y anacoretas procedentes de todas las partes de Egipto, esto es, de la region que, desde fines del siglo IV, era la más rica de la cristiandad en establecimientos claustrales.

La ortodoxa Bizancio vino á causar con esto grandes perjuicios á Alejandría, pues no solamente exigia la hacienda y la sangre de sus habitantes, sino que trataba tambien de apropiarse el envidiable título de centro de las ciencias. Además de los heréticos, tuvieron los famosos sabios cristianos del tiempo de los emperadores un Clemente, un Orígenes y un Atanasio, que vivieron en Alejandría. Pero apagóse luego en la ciudad de Alejandro la vida intelectual por la que tanto se habia distinguido hasta entónces.

Las guarniciones bizantinas de Egipto eran muy cortas para rechazar de las fronteras las acometidas de las rapaces tribus del desierto, y los vireyes muy indolentes y egoistas para atender debidamente al riego del país. Disminuyeron por estas causas las cosechas, y con ellas paró el comercio y se paralizó la actividad industrial. Tras estas calamidades, se presentó la peste, y el hambre despues, y las sediciones y alzamientos de los menesterosos contra las familias acomodadas. Pocas eran, sin embargo, las que habian podido conservar la herencia de sus padres, y distinguióse entre ellas el noble judío Urbib que se habia cristianado, el cual, con una liberalidad de príncipe, mitigó los padecimientos de sus compatricios.

De Bizancio, segun se ha visto, esto es, de los melikitas, procedieron las mayores calamidades que arruinaron la ciudad y asolaron la tierra. ¿Qué extraño pues que, poco tiempo despues de la muerte de Mahoma, habiendo invadido una hueste mahometana el valle del Nilo, se uniesen los egipcios monofisitas á los conquistadores, y se pasasen finalmente al general del califa para poner un término á la dominacion griega por ellos tan odiada?

El virey egipcio del emperador, de nombre Mukaukas, fué quien dió el mal ejemplo á sus correligionarios monofisitas, y cuando el emperador le reconvino en una carta, porque, con los 100,000 griegos que tenia á sus órdenes, se habia rebajado á pagar tributo ántes de pelear contra los árabes, prorumpió Mukaukas: «A fe mia, que estos árabes, en medio de su corto número, son más fuertes y poderosos que nosotros con nuestra multitud; porque vale tanto un hombre de entre ellos como ciento de nosotros, pues buscan la muerte que prefieren á la vida.» Y cuando luego ajustó la paz con el general del califa, le prometió dos denares (1) de capitacion por cada egipcio, y puso la condicion de que en adelante no podia haber paz con los griegos hasta que todos ellos hubiesen sido reducidos á la esclavitud, y sus propiedades y haberes hubiesen sido declarados de buena presa; ya que todo esto lo tenian aquellos muy merecido.

Empero, los griegos, á pesar de la defeccion de los coptos, opusieron valerosa resistencia, en Alejandría sobre todo, defendida por muchísimas torres que se cubrian unas á otras, hasta que en el dia 1.° de moharram del año 20 de la hegira ó fuga del profeta (el 10 de diciembre de 641) cayó finalmente en poder de los árabes.

(1) De *denarius*, monedilla romana de oro, que valia 25 denarios de plata ó 100 sestercios, y representa para nosotros cerca de 24 reales.—*(N. del T.)*

Por aquel tiempo tendria la ciudad, segun las crónicas, una poblacion de 600,000 habitantes, además de 75,000 judíos, de los cuales habian huido muchos ántes de entrar los árabes en su conquista. Entre los que en la ciudad habian quedado habia 40,000 israelitas y 200,000 griegos. Estos altos guarismos son muy notables, y no lo son ménos los datos sobre la riqueza de algunos opulentos egipcios en aquel tiempo. Un copto, convicto de haber pasado á los griegos un aviso perjudicial á los mahometanos, poseia 13.000,000, y otro llamado Petrus 12.000,000 de dinares (véase la nota anterior).

Amr, general del califa, trató con moderacion á los vencidos.

La narracion, tan repetida, de que Amr habia mandado calentar por espacio de seis meses los cuatro mil baños públicos de Alejandría con los libros de las bibliotecas porque el califa Omar habia declarado: «Si contradicen al Coran, son dañinos, y si concuerdan con él, son inútiles;» todo esto es una invencion de tiempos muy posteriores, pues las grandes bibliotecas públicas fueron disueltas, y los libros más preciosos habian sido enviados mucho tiempo ántes á Constantinopla cuando la ciudad cayó en poder de los árabes.

Ántes que el emperador Constantino renunciase á la esperanza de reconquistar el Egipto y la ciudad de Alejandría, envió una escuadra al Nilo para recobrarla.

Dicen que los griegos egipcios la llamaron, cuando, preguntado Amr por el administrador de un pueblo á cuanto subiria la capitacion, señalando el primero con la mano el paredon de una iglesia, le contestó en estos términos: «Aun cuando tú me dieras un monte de monedas de oro desde los cimientos hasta el techo de esta iglesia, no me contentaria con eso, pues vosotros sois nuestra tesorería: cuando necesitamos mucho, tomamos mucho; cuando necesitamos poco, tomamos poco.»

Llegaron, pues, unos y otros á las manos cerca de Nakjus; y aunque no les fué á los árabes tan llana la victoria como se habian imaginado, lograron penetrar sin embargo en Alejandría, cuyos muros mandó Amr derribar para cumplir el juramento que se le atribuye de que iba á poner la ciudad tan accesible por todos lados como una casa de prostitutas.

Con esto quedaron dueños los árabes desde aquel dia de todo el Egipto, arraigándose en el país una nueva cultura que se propagó rápidamente. Y en efecto, no cabe negar que supieron asimilar con el Islam, en brevísimo tiempo, toda aquella tierra en su modo de ser y en todas sus formas.

Con todo, muchísimas comunidades coptas se mantuvieron firmes y fieles á su creencia, al paso que las otras apostataron de la cristiana para entrar en la mahometana. Las iglesias y conventos entraron en completa decadencia, y los esbeltos minaretes coronados con la media luna descollaron muy encima de las torres de las iglesias cristianas. En aquella tierra, ya musulmana, se mostró una vida nueva. El arte y la ciencia, el comercio y la industria se animaron, y los productos de aquella extraña cultura y de aquel tiempo más extraño no dejaron de influir en Europa y siguen influyendo todavía en nuestros dias, segun veremos más adelante. Otra vez se vió el Egipto destinado á anticiparse en todos los terrenos á los otros pueblos del Oriente; pero el punto céntrico de su poder no era ya la ciudad de Alejandro.

Del campamento que habia ceñido la tienda de Amr (Fostat) se levantó la ciudad del Cairo, pues ya habia pronunciado Omar el veredicto sobre la turbulenta ciudad griega, la que le parecia poco adecuada para residencia de un soberano del Egipto. En el Cairo residieron los vireyes de los califas, y tambien éstos tuvieron

© Biblioteca Nacional de España

en ella la córte. Las caravanas del comercio, para las cuales estaban ya abiertos así el Oriente como el Occidente, tuvieron aquí su depósito, y si bien es cierto que Alejandría seguia siendo por mar la mediadora del comercio con el Occidente y el Norte, arrebatósele, no obstante, la parte del leon por los nuevos emporios árabes y por los puertos que rápidamente iban floreciendo en el Mediterráneo, Venecia y Génova. Cuando más adelante, doblando los portugueses el Cabo de Buena Esperanza, se descubrió un nuevo camino para la India, y la América por los españoles, fué disminuyendo más y más el número de embarcaciones que llegaban á sus puertos, que cada dia se iban cegando y perdiendo. Los beyes turcos y los orgullosos é insolentes mamelucos que, tras la incorporacion del Egipto en el imperio osmánico, le chupaban á porfía la sangre, lo arrojaron á una completa ruina; y cierto, muy cierto que era un mísero huérfano cuando aquí desembarcó el ejército francés, cuando Bonaparte, cerca de las pirámides, alcanzó la brillante victoria que le entregó el Egipto, y cuando en las riberas orientales de Abukir, muy cerca de Alejandría, anonadó el inglés Nelson la escuadra francesa.

Patio de una casa egipcia del tiempo de los califas.

No es este el lugar de describir la breve temporada de la dominacion francesa en el valle del Nilo, ni el éxito desgraciado de la empresa dirigida por Bonaparte con admirable prudencia. Sólo una cosa debe hacerse resaltar por ahora en la historia de esta campaña. Por efecto de la invasion francesa, no sólo entró la política de Egipto en nuevas sendas, sino que llamó tambien la atencion de los sabios europeos á la antigua y milagrosa tierra de los Faraones y á los monstruosos monumentos que llevan ya milenios de vida, con cuya ayuda fuera posible estudiar una de las épocas más notables y antiguas de la cultura del linaje humano en todas sus representaciones.

Como segundo comandante de las tropas turcas enviadas contra las francesas en 1802, llegó á Egipto el hombre que, con su actividad sin respetos humanos y sus dotes de hombre de estado, habia de llevar á cabo un cambio completo, mejor dicho, una revolucion en el valle del Nilo. El nombre de Mehemet-Alí, como le llaman los franceses, ó de Mohamed-Alí, como le llaman los alemanes, es uno de los más famosos de este siglo, y bien conocido es como fundador de la dinastía á la que pertenece el virey Ismail-Bajá, y como victorioso defensor que, sin la intervencion de las potencias europeas, hubiera sido del trono de los sultanes de Constantinopla. Pero pocos saben lo que hizo para el desenvolvimiento interior de Egipto, y que á él debe este país el impulso de todo el progreso, en el cual se fundan todas las esperanzas para su porvenir. A él debióle tambien Alejandría su nuevo florecimiento, y con razon adorna ahora su estatua ecuestre la plaza más hermosa, que lleva su nombre, del rico cuartel de los francos, donde están las mejores calles.

Pero no se le habia ocultado á Mohamed-Alí que los grandes planes que embargaban su espíritu sólo podian llevarse á cabo con ayuda de los medios que proporciona la civilizacion del Occidente. No tardó, pues, en llamar á su lado á ingenieros y arquitectos europeos, ya que desde luego se trataba de ahondar, extender y consolidar los puertos nuevamente abiertos á los buques de todas las naciones. Pronto reconoció tambien, guiado por los excelentes técnicos que le rodeaban, la necesidad de facilitar el riego á la tierra por él regida, y que Ale-

© Biblioteca Nacional de España

jandría estaba pidiendo, ante todo, para su sano desarrollo, agua en abundancia, y, por consiguiente, un canal que la enlazara con el Nilo.

Como regente absoluto, despótico y sin miramientos humanitarios, sobre toda la fuerza humana de su tierra, mandó pregonar por todo el Egipto la órden de que se le presentasen para trabajos forzados todos los campesinos para cavar un canal profundo y navegable en el prolongado arco que abraza el lago de Edku, canal que, cerca de Fum-al-Mahmudije, recibe su caudal del brazo de Roseta del Nilo. A esta órden acudieron doscientos cincuenta mil felahes. Lamentamos ciertamente á aquellos infelices, que perecieron los más de falta de alimento y de un trabajo superior al de las fuerzas humanas; pero no podemos ménos de admirar la obra que llenó cumplidamente su objeto, que era conducir otra vez al puerto de Alejandría los productos del Egipto, regar su árido suelo, y ofrecer á sus habitantes el más importante de los medios de existencia (1).

Si en la actualidad recorremos la orilla de este canal, se nos hará muy difícil creer que no han pasado todavía cincuenta años desde que se empezó su construccion.

Plaza de Mohamed-Alí.

Donde atracan unos junto á otros numerosos botes egipcios, levántanse en las colinas de las orillas magníficas palmeras, y en las cercanías de la ciudad, donde, entre las sencillas embarcaciones procedentes de la provincia, se ven fondeadas lujosas *dahabijes*, para amenizar las viajatas de las familias ricas, canoas muy cargadas y pequeños remolcadores de vapor, se levantan orgullosos palacios y quintas que rozan unas con otras, algunas de ellas cercadas por jardines, donde crecen y florecen plantas de todas las zonas.

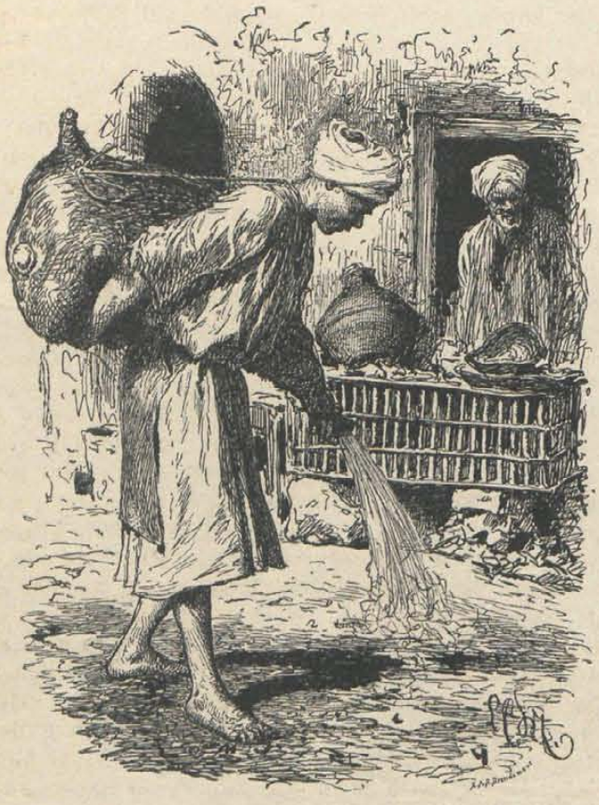
La riqueza que este canal ha restituido á la ciudad, tan empobrecida, se hace más notable todavía y más brillante, cuando nos acercamos á sus orillas saliendo por la tarde de la puerta de Roseta. En los dias de descanso de los árabes y de los cristianos, viérnes y domingo, nos cierra casi el paso en la calle, regada por negros, pero siempre polvorosa, un gentío de alejandrinos que vuelven á su casa cansados del trabajo, quien á pié, quien á caballo, quien en carruaje. Los atezados mayorales de los lindos coches de alquiler arrastrados por excelentes tiros piden en aquellos dias y en aquellas horas doble ó triple precio del normal, y delante de las carrózas de los millonarios corren, no cansados al parecer, los *sais* ó andarines descalzos, cuando los robustos caballos que les siguen andan á galope. Los señores y las damas que van en los coches, y la generalidad de los que andan á pié

(1) Convenimos con el autor en que fué Mohamed-Alí un gran político, pero no más. Los felahes de quienes habla aquí el autor forman la parte agrícola de la actual poblacion de Egipto, siendo, por lo mismo, descendientes de los primeros pobladores del valle del Nilo, víctimas por milenios del despotismo de los Faraones, y que ahora lo fueron del despotismo musulman. Recordamos con este motivo que la prensa liberal de Europa, al tener noticia, en aquel tiempo, de la muerte por el hambre y malos tratamientos de tantos centenares de miles de séres humanos (que quizás con exageracion se hacian subir á un millon), alzó el grito al cielo reprobando indignada el acto. No ignoramos, por otro lado, que en todos tiempos, y ahora no ménos que ántes, se sostiene la máxima del aleman Busenbaum: *Quum finis est licitus, etiam media sunt licita.*—(Nota del traductor).

© Biblioteca Nacional de España

llevan traje europeo, distinguiéndose de ellos bajo el nombre de *fez* el conocido *tarbuch* de los árabes, el cual, con su capa roja y la borla negra de seda, se diferencia notablemente de los demás. El que lleva esa gorra no se la quita, aunque le saluden, y en vez de enseñar la calva, levanta la mano al conocido.

Donde se muestran las bellas alejandrinas cruje mucha seda y mucho raso, brillan muchos prendidos de diamantes y otras piedras preciosas, y se mecen y columpian orgullosas plumas; y no hay pocas entre ellas á cuyos esposos les es muy llano mandar traer sus *toilettes* de Paris, y sus carrozas de Viena ó de Milan, y alquilar un palco para que ellas puedan lucir sus galas



Riego de las calles.

en las óperas italianas que se dan en el teatro Zizinia. Verdad es que se han hecho aquí grandes fortunas, sobre todo en la época que duró la guerra americana. El comercio marítimo sigue enriqueciendo hoy todavía á comerciantes y emprendedores de todas las naciones, como que en los últimos años entraron en el puerto de la ciudad un promedio de tres mil embarcaciones. Tambien es muy productiva la exportacion de una mercancía relativamente nueva, el algodon, y los giros de los Bancos alejandrinos son más considerables que los de las casas de comercio de la capital del país. El pobre huérfano ha vuelto á ser rico, y su bienestar le mana de muchas de las fuentes que llenaban de oro las arcas de sus antepasados. En el mercado, tan mísero cuando un hombre del Norte lo visitó á principios de este siglo, y donde no se encontraba absolutamente nada como no fuese pan y dátiles, se encuentra ahora de todo lo que, además del lujo, se sirve en la mesa de los ricos europeos y orientales. Los traficantes en frutas, verduras y legumbres, son casi todos egipcios; pero entre los compradores se encuentran europeos de todas condiciones, y con ellos muchas señoras elegantes de tez blanca á quienes, como oscura sombra, sigue su negro criado.

Los sucesores de Mohamed-Alí, con una sola excepcion, que fué Abas-Bajá, que tenia antipatía á todos los extranjeros, han seguido el ejemplo del gran fundador de su dinastía aplicando á Alejandría las conquistas de la cultura europea, y dirigiendo especial atencion al comercio que la enlazaba con lo restante de Egipto.

Said-Bajá, predecesor del khedive, mandó ahondar y limpiar el canal Mahmudije, manteniendo sus aguas en constante corriente por medio de grandiosas obras de presion. Él mismo terminó el ferro-carril que une Alejandría con el Cairo, echó los cimientos de las grandiosas obras de malla sobre la Delta, y enlazó con Suez el puerto de la ciudad á orillas del Mediterráneo, y las ciudades más importantes de la Delta unas con otras.

Traducido del aleman por
ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

(Continuará).

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mar y Tierra.

(CONTINUACION).

II.

Constituido ya, pero no definitivamente formado, ni mucho ménos consolidado, como acabamos de decir, el lecho de los mares, importantísimas modificaciones dignas de especial mencion se han realizado en diferentes y más ó ménos apartadas épocas, y por diversas causas, si bien que emanadas, en nuestro sentir, de los mismos agentes ántes citados. Una de estas notables modificaciones hubo de verificarse en la region del Atlántico comprendida entre las islas Azores y las del Cabo Verde, fenómeno que parece conciliarse con la tradicion de un antiguo continente que desapareció. Hesiodo, Homero, Eurípides, Aristóteles, Plutarco, Diógenes Laercio, Dionisio de Halicarnaso, Diodoro de Sicilia, Estrabon y Plinio, hacen mencion de los Atlantes, á quienes Platon consagró dos de sus diálogos: la *Timea* y el *Critias*. «Habia, dice, delante del estrecho que vosotros llamais las Columnas de Hércules, una isla más extensa que la Libia y el Asia. De esta isla se podia pasar fácilmente á otras islas muy cercanas y de éstas á todo el continente que rodea el mar interior... Unos príncipes poderosos reinaban en la Atlántida y tenian bajo su dominio la isla entera, así como muchas otras islas y una gran parte del continente... Pero más tarde, unos terribles terremotos y grandes inundaciones hundieron en un solo dia y una sola noche la isla Atlántida que desapareció bajo el mar; lo que motivó que aun hoy dia este mar sea innavegable, á causa del limo y grandes peñascos que lo cubren, restos de la isla sumergida.»

Platon presenta esta relacion, observan los señores Zurcher y Margollé (1), como recuerdo de una época ideada por Solon, segun las antiguas tradiciones que le habian sido trasmitidas por los sacerdotes de Sais ó Minerva. Los testimonios presentados por estas tradiciones y los evidentes indicios que ofrece el aspecto de los lugares, nos obligan á reunir sumariamente las opiniones de los comentadores y de los geógrafos que han admitido la existencia de una vasta region abismada en las

(1) *El mundo submarino*, p. 262.

© Biblioteca Nacional de España

profundidades del Océano en las primeras edades del mundo. Las revoluciones del globo terrestre, entónces más frecuentes y más extensas, hacen, por otra parte, bastante verosímil, bajo el punto de vista de los fenómenos geológicos, el trastorno que hundiera la misteriosa comarca de los Atlantes; y, aunque esta tradicion haya sido generalmente considerada como una alegoría ó una simple ficcion poética, no debemos pasar en silencio las diversas explicaciones que tienden á demostrar su posibilidad.

El primero de los diálogos citados contiene una descripcion de la isla de los Atlantes hecha por uno de los interlocutores, Critias, en la que se refiere lo que habia sabido por su abuelo, instruido por Solon, sobre las tradiciones conservadas en Egipto:

« La isla producia abundantemente toda clase de madera de construccion; alimentaba numerosos rebaños de animales domésticos y animales silvestres; los elefantes se contaban en gran número, hallando allí suficiente pasto en las orillas de los lagos y rios, en los valles y llanuras, por más monstruoso y voraz que sea este animal. Hallábase tambien en la Atlántida todo lo que la tierra produce ahora agradable al olfato y suave al paladar: raices, granos, madera, goma, flores y frutos, el dulce jugo de la vid y el trigo alimenticio. Los árboles prodigaban á sus dichosos habitantes tanto los zumos variados como las frutas de diversas especies que podian satisfacer su apetito ó apagar su sed. Su inteligente industria habia ordenado, en la isla entera, todo lo que es propio para satisfacer el cuerpo y el alma, sin olvidar la piedad para con los dioses.»

Como se ve, la risueña descripcion que nos da Platon, se refiere á las tradiciones universales (1) que colocaban la dicha en las islas Afortunadas, cuyos habitantes, de orígen divino, gozaban de todos los bienes que la imaginacion puede acumular en un suelo fértil, bajo un cielo favorable y en una sociedad de justos. Diodoro de Sicilia confirma esta relacion diciendo: « Despues de haber recorrido las islas vecinas de las Columnas de Hércules, vamos á hablar de las que están más adelantadas en el Océano. En direccion de Poniente, en el mar que baña la Libia, hay una muy célebre, apartada del continente algunos dias de navegacion. Los Atlantes, que habitan esta fértil comarca, difieren de todos sus vecinos por su piedad y su hospitalidad. Pretenden que los dioses tuvieron orígen en su isla. Su primer rey fué Urano, quien determinó varias circunstancias de la revolucion de los astros; midió el año por el curso del sol y los meses por el de la luna; y designó el comienzo y fin de las estaciones. Los pueblos, que no sabian cuán constante é igual es el movimiento de los astros, sorprendidos de la exactitud de sus predicciones, creyeron que era de naturaleza sobrehumana y despues de su muerte le fueron concedidos los honores divinos.» Esta afortunada comarca, este segundo paraíso terrenal, en el que la naturaleza y el hombre alcanzaban el mayor grado de perfeccion, tuvo un fin funesto segun la mitología griega. Deseoso Atlas de extender su imperio más allá de los límites de su isla, desembarcó en el litoral africano, que sometió, y penetró hasta el Egipto, dejando en todas partes su culto, sus leyes y su ciencia, trasmitidos despues á la Grecia por sus primeros legisladores. Ántes de aquellas conquistas los Atlantes cultivaban sus campos y vivian en una inocente sencillez. La guerra cambió sus costumbres y pronto, para satisfacer su orgullo, se entregaron á la injusticia y á la violencia y fueron los azotes de la tierra. Su destruccion fué entónces decretada por los dioses, vengadores de las leyes eternas, quienes abismaron la Atlántida bajo las olas en medio de un repentino cataclismo (1).

Digno es de observarse que si bien la tradicion y la historia nebulosa de aquellos remotos tiempos han colocado casi siempre la Atlántida en el Océano, enfrente de las costas de Europa y África, extendiéndose, segun algunos autores, desde los 12° de latitud norte hasta los 41° aproximadamente, parte en la zona tórrida y parte en los más hermosos climas de la zona templada y de ahí el dulce nombre de Afortunadas dado á aquellas regiones, de las que los griegos habian hecho la cuna del mundo, el maravilloso dominio de las razas escogidas (Atlantes, Titanes, Elimeos) descendientes de los dioses y en el seno de las cuales habia nacido la civilizacion, no han faltado respetables escritores que la han trasladado á muy distantes regiones. El sabio sueco Olaus Rudbeck, que escribia á últimos del siglo XVII (2), pretende que la Suecia y la Escandinavia son la antigua region de los Atlantes, la isla sagrada de los hiperbóreos, situada, segun Hecatæus, que escribia su historia, en el océano del Norte, enfrente de la Galia. Los indios colocaban tambien los hiperbóreos «que viven hasta mil años» en el norte del Asia; y esta leyenda que vuelve á hallarse en los fenicios, parece referirse, segun Zurcher, á un mito primitivo muy general, cuyo comun orígen debe buscarse probablemente en las circunstancias geológicas de las primeras edades. «Ciertas partes de nuestros continentes, dice este autor, debian estar entónces rodeadas de mares hoy dia en seco ó que han desaparecido, y la existencia de grandes islas habitadas por las razas primitivas, no tiene nada de contrario á las indicaciones de la ciencia y á las tradiciones históricas.» Sucesivamente se han buscado las huellas de la Atlántida y de la isla Hiperbórea en las provincias septentrionales de Alemania, en las islas del Bajo Rhin, en Palestina, en Persia y en América. El sabio Bailly, en sus *Cartas sobre la Atlántida*, coloca la patria de los Atlantes en las mesetas del Asia superior; otros, apoyándose en las relaciones que parecen existir entre los Atlantes y los Pelasgos, han admitido la identidad de ambos pueblos, los cuales, despues de haber visto una gran parte de su país sumergida en las aguas, tuvieron que huir y buscar más allá de los mares una nueva patria.

Sin negar en absoluto ni tampoco aceptar estas y otras varias opiniones que la tradicion y la historia ilustrada por la ciencia dan sobre la existencia y desaparicion de la Atlántida, diremos no obstante que la que en nuestro concepto presenta más numerosas pruebas físicas, dándole mayor grado de probabilidad, es la que la coloca en el vasto espacio comprendido entre el África, la Europa y la América. Entre los autores que han sostenido esta opinion, citaremos á uno de los más recientes, Bory de Saint-Vincent, cuyo notable *Ensayo sobre las islas Afortunadas* resume todas las investigaciones anteriores sobre este curioso asunto. Ántes que él, el geógrafo P. Buache, tratando de seguir bajo el Océano, por medio de las islas, rocas y bajíos, las principales cordilleras formando el armazon del globo, habia indicado como prolongacion de la cordillera del gran Atlas, que entra en el mar en el Cabo Nun, los archipiélagos de las Canarias, Madera y Azores y los peñascos señalados entre este último grupo y Terranova. El número de rocas, escollos, bancos de arena y arrecifes que se hallan en

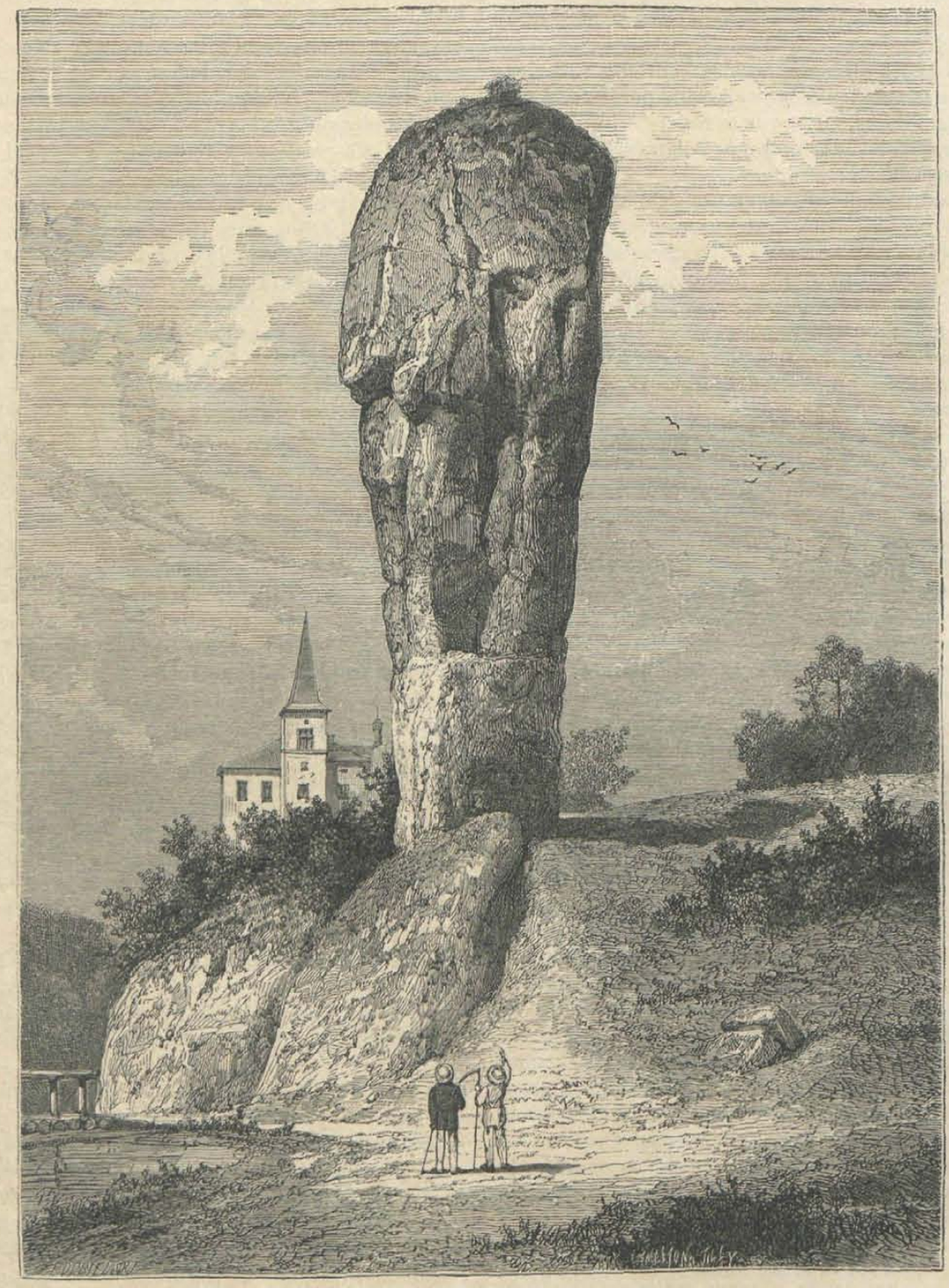
(1) Véase *Historia de la Navegacion.*

(1) Esta tradicion se halla en los pueblos más apartados, los peruanos y los chinos, cuyos anales conservan tambien la memoria de una poderosa raza primitiva que atrajo sobre ella la cólera de los dioses y que habitaba cerca de los límites de la tierra, en una grande isla destruida por el agua y el fuego.

(2) *Atlantica vera Japeti posteriorum series et patria.* Upsal, 1675-1689.

© Biblioteca Nacional de España

estos lugares; la grande altura de las montañas, fuera de proporcion con la extension de las islas que las contienen; la naturaleza volcánica del suelo, removido por terremotos y violentas erupciones; la existencia de volcanes submarinos que sucesivamente han hecho brotar y desaparecer nuevas islas; la poca profundidad del mar entre las Canarias y la costa de Marruecos; la comparacion de las faunas terrestres, todo parece probar la existencia de una elevada cadena de montes destrozada y sumergida por una de las grandes convulsiones del globo, al propio tiempo que las tierras en que se apoyaba. Segun Aristóteles y Platon, aquellos sitios



MAZA DE HÉRCULES. — (Véase la página 159).

presentaban el mismo aspecto desde los tiempos más remotos y el mar ya no era navegable á causa de los escollos que lo obstruian y de las densas capas de algas que se extendian á lo léjos, flotando en las aguas fangosas de los múltiples bancos que habia en ellos. Añádase á esto que los numerosos indicios de terreno primitivo, las vastas capas de caliza y las masas de cuerpos fósiles descubiertas por los geólogos que han estudiado la constitucion física de las Canarias, de las Azores y de las islas del Cabo Verde, prueban que aquellos archipiélagos no fueron creados por los volcanes submarinos, cuyas erupciones sucesivas únicamente han levantado el suelo en torno de los cráteres de erupcion que se ven en todas partes y algunos de los cuales están todavía en actividad. Humboldt, que sostuvo esta opinion, creia tambien que una exploracion de las montañas de Marruecos demostraria la homogeneidad de terrenos entre ambas cordilleras. El círculo de volcanes que parece

© Biblioteca Nacional de España

EGIPTO. — Orilla del canal de Mahmud.

(Véase la página 141).

© Biblioteca Nacional de España

haber rodeado la parte occidental de la Atlántida, explica la terrible catástrofe que la aniquiló y la hace entrar en el órden natural.

Si nos hemos detenido algun tanto en esta modificacion del lecho del primitivo Océano, es porque en nuestro sentir y segun la opinion de reputados naturalistas tanto antiguos como modernos, con la desaparicion de la Atlántida coincidió, si no siguió á ella, la irrupcion de las aguas del Océano que formaron el Mediterráneo; disintiendo en esto del parecer de otros no ménos respetables escritores que pretenden que debió existir el Mediterráneo ántes de la rotura de la lengua de tierra que, segun estos, los separaba. No entraremos en una discusion científica impropia de este lugar para sostener nuestra tésis; y apelaremos tan sólo á una respetable autoridad, la del gran naturalista Plinio. Éste, sin fijar época, por más que algunos autores supongan este acaecimiento unos tres mil años ántes de J. C., considera el mar Mediterráneo como formado por una inundacion ó irrupcion del Océano (1), irrupcion que se explica muy fácilmente por el gran cataclismo de que acabamos de hablar.

Levantamientos y depresiones en las costas de Siria.

«Primitivamente, dice Dureau de la Malle, literato francés que murió á principios de este siglo, pero sin presentar en nuestro juicio las pruebas fehacientes en debido apoyo de su aserto, el mar Mediterráneo era un lago de poca extension, alimentado por el Nilo, el Ródano, el Pó y varios otros rios ménos considerables. El Océano, al penetrar en él, le hizo inundar una parte de las costas bajas y arenosas de España, Berbería, las llanuras de Provenza y del Languedoc, las playas anegadas del Egipto y del Asia menor, en donde penetró hasta el pié de las montañas y colinas. Desde entónces, perdiendo el Mediterráneo mucho más por la evaporacion que lo que recibia por sus rios y por el estrecho de Gibraltar, quedó muy reducido y se retiró cada vez más. En fin, segun el mismo autor, cuando por la erupcion volcánica de las Cyaneas, el canal del Bósforo y las llanuras que le rodean abrieron paso al Ponto-Euxino, al mar Caspio y al lago de Aral, reunidos en un mar al ménos tan grande como el Mediterráneo actual, todas las llanuras bajas de reciente formacion fueron de nuevo cubiertas por las aguas; pero el mar se retiró hasta alcanzar un equilibrio entre la entrada del agua y su evaporacion y conservó á poca diferencia su forma actual. Posteriormente, sus costas no han sufrido cambios notables sino en las playas bajas y en las cercanías de los grandes rios.»

Como quiera que esta conquista del Océano sobre la tierra firme fué lenta en un principio, no cabe ponerlo en duda si consideramos que su única entrada, que hoy conocemos con el nombre de estrecho de Gibraltar, *Fretum Herculeum* y tambien llamado *ostium Occeani* (puerta del Océano) por los antiguos, era mucho más angosta en los tiempos que alcanza la historia de lo que lo es al presente. Segun el testimonio de historiadores griegos y romanos, se ha ido ensanchando paulatinamente al contínuo empuje de las aguas del Atlántico. Escylax de Carianda, matemático y geógrafo que falleció en el reinado de Darío, unos 522 años ántes de Jesucristo, asegura que igualaba en su tiempo la latitud de este estrecho á la del Bósforo de Tracia, calculándola, por tanto, en un cuarto de milla ó sean 361 metros.

Avieno, poeta latino que florecia en tiempo de Teodosio el Viejo, da la medida de Damon de Amfipolis, segun el cual ya entónces tenia el estrecho 3 millas ó 4333 metros. El mismo autor cita en otro lugar una medida posterior de 2820 toesas (5496 metros) tomada por el ateniense Euctemon. Escymno, de Chio, halló en el año 610 de Roma (143 ántes de Jesucristo), 11,320 toesas (22,063 metros) del lado del Atlántico, miéntras que hoy dia se cuentan 22,833 toesas (44,502 metros) entre Cabo Espartel y Trafalgar. Turanio Gracilis, que nació á orillas del estrecho, 100 años ántes de Jesucristo, da 5 millas (7223 metros) desde Mellaria, en España, al Cabo Blanco, en África. Estrabon evalúa la parte ménos ancha en 5640 toesas (10,982 metros). Plinio, que fué cuestor en España y visitó el estrecho, le da 7 millas y media (10,834 metros) de ancho en el lugar más angosto y 10 millas (14,446 metros) en el lugar más ancho. Víctor Vitencio halló 12 millas (17,336 metros), 500 años despues de Jesucristo, y las medidas españolas actuales son de 14 millas (20,226 metros).

Numerosos testimonios prueban tambien que la profundidad ha aumentado sucesivamente, desde que los cartagineses, vecinos del estrecho, tenian necesidad de construir unos barcos de poco calado para poder pasar por aquel brazo de mar de muy poco fondo, hasta nuestros dias en que navegan por él libremente los buques mayores. Los numerosos islotes que, segun Pomponio Mela (1), á quien aquellos sitios eran familiares, se levantaban un poco á flor de agua, desaparecieron igualmente, y el historiador Ayala (2) asegura que el mar ocupa la mayor parte del terreno en el que se hallaba construida la antigua ciudad de Mellaria. En la misma bahía de Gibraltar el mar arrastró á su seno una parte de la famosa ciudad de Carteya y á 3 leguas al E. de Tarifa, la importante poblacion de Belon, que ocupaba las orillas del estrecho, fué inundada por el mar, en el que, hoy ya muy adentro, se ven algunos vestigios de sus calles. Finalmente, T. James, historiador inglés del siglo pasado, cita (3), apoyado en los testimonios de la tradicion y de la historia, un antiguo terremoto que hizo desaparecer la isla de Calés, isla situada en la embocadura del Bactis, cuya circunferencia era de muchas leguas, algunas otras que se hallaban enfrente de Tarifa y el peñasco de la Perla, que era en otro tiempo una isla y que al presente está cubierto por 4 metros de agua

(1) *Terrarum orbis universus in tres dividitur partes: Europam, Asiam et Africam; origo ab occasu solis et Gaditano freto, qua irrumpens Occeanus Atlanticus, in maria interiora diffunditur.* Plin., Hist. natur., lib. III.

(1) Distinguido geógrafo español, hijo de Mellaria, en el antiguo reino de Granada, autor de una geografía titulada: *De situ orbis*, en tres libros, obra tan exacta como metódica.

(2) *Historia de Gibraltar*, por Ignacio Lopez de Ayala.

(3) *History of the Herculean straits*, t. II, p. 410. Lóndres, 2 vol. en 4.°, 1771.

© Biblioteca Nacional de España

en las más bajas mareas. James habla tambien de algunos violentos terremotos que en el año 246 ántes de Jesucristo destrozaron la otra parte de la isla de Cádiz y la sumergieron completamente en el Océano, terremotos, observa este autor, que en nada pueden compararse por su violencia con el que en 1.° de noviembre de 1755 destruyó casi enteramente la ciudad de Lisboa.

Causas análogas han trastornado, modificado, reducido ó dilatado los primitivos límites del Océano. Numerosísimos ejemplos podríamos presentar de ciudades é islas sumergidas, montañas separadas violentamente del continente é irrupciones poderosas que cambiaron la faz de la superficie terrestre y variaron el fondo de los mares. En algunos lugares, comarcas enteras fueron cubiertas por las aguas; en otros, por el contrario, brotaron del seno del mar, como la isla Julia, las Azores y el archipiélago de Santorin en Europa. A principios del siglo III ántes de nuestra era (368 años ántes de Jesucristo), un espantoso terremoto hundió en el mar los populosas ciudades de Hélice y Bura, situadas á orillas del golfo de Corinto, las cuales, en tiempo de Ovidio, se veian aun bajo las aguas. La mayor parte de las Lycadas tuvieron igual suerte. Estrabon, en su viaje á Egipto, vió el monte Casius separado bruscamente del continente, pasar á ser una isla, en torno de la cual se navegaba para ir á Fenicia. Una de las más desastrosas irrupciones del mar, ocurridas en nuestra era, fué la que en 1446 sumergió á más de doscientas poblaciones de la Frisia y de la Zelandia. Veíanse muchos años despues de la catástrofe, los remates de las torres y las puntas de los campanarios levantarse por encima de la superficie del agua. En 1556 un terremoto hundió la provincia marítima de Tchian-Si, en China, y el mar la cubrió en un espacio de más de sesenta leguas de extension. Otro terremoto que en 1663 causó grandes desastres en el Canadá, cambió un espacio de cien leguas, cruzado por algunas cordilleras de montes, en una llanura pantanosa. Sorca, una de las islas Molucas, fué abismada en el mar en 1693, durante un terremoto. En 1715 la ciudad de Tomboro, en la isla de Java, fué sumergida en circunstancias análogas. En 1746, durante el terremoto que destruyó á Lima y otras cuatro poblaciones vecinas, una parte de la costa se hundió arrastrando con ella la ciudad del Callao y abriendo al Océano una nueva bahía. En 1751, el terremoto de Santo Domingo causó en la costa un hundimiento de más de veinte leguas. En 1772, en Java, un monte de tres leguas de circunferencia desapareció de repente, ocupando el mar su sitio. Durante la conmocion de Calabria, en 1785, viéronse formar una cincuentena de nuevos lagos y varios abismos llenos de agua. Cerca de Scylla, una terrible conmocion, que lanzó á la llanura una gran parte del elevado monte Joci, levantó de repente el mar, que estrelló en la costa las embarcaciones grandes y pequeñas en las que se habian refugiado los habitantes aterrorizados. En 1819, un violento terremoto destruyó varias poblaciones en las bocas del Indus; la llanura de Sindrea se hundió en una extension de doce millas de largo por siete de ancho, atrayendo las aguas del mar, que cubrieron insensiblemente las casas de una poblacion cuyos habitantes tuvieron que refugiarse en la torre del fuerte que los protegia. En 1828 aquella grande torre se sostenia todavía sobresaliendo tan sólo algunos piés del nivel del Océano, en cuyo fondo veíanse el fuerte, las casas y hasta los árboles medio hundidos por las arenas acarreadas por el rio.

Todas estas recientes catástrofes nos dan idea de la violencia de las revoluciones que han cambiado y cambian la faz del globo y de cómo todavía, segun ántes dijimos, la lucha de los primeros elementos dista mucho de haber cesado enteramente; de cómo, en fin, la corteza terrestre palpita enérgicamente, cambiando de vez en cuando, forzada por el fuego oculto en su seno, los anchos pliegues en que se extiende, dando entrada ó rechazando á las aguas que pugnan para aceptar el reto que sin cesar aquel les presenta.

SANTIAGO A. SAURA.

(Continuará).

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO VI.

Tal para cual.

Salió el coche de Valdés por la ex-puerta del Ángel, y siguió al trote de los caballos por el paseo de Gracia, torciendo, al llegar á la villa, hácia la izquierda, con direccion á la *torre* de Lorenza.

Al parar el carruaje, se abrió la puerta exterior, y entró Valdés como en su propia casa, siendo respetuosamente saludado por la doncella que habia abierto y que volvió á cerrar así que hubo entrado el caballero.

Penetró éste sin más detencion ni ceremonia en el interior de la linda morada.

Lorenza se hallaba sentada en una poltrona, pero no vestida como la pasada noche. Llevaba sólo una ligera bata de batista con ricos bordados, cuya blancura se confundia con la de sus manos y su rostro sin color; sus magníficos cabellos caian perezosamente en suaves ondas alrededor de su cuello de alabastro; sus negros ojos miraban tristes, y el seno se levantaba á veces como si lo hincharan contenidos suspiros.

Su doncella la habia preguntado por la tarde si queria vestirse, y Lorenza habia respondido con displicencia:

—Déjame: ya llamaré.

Y así se hallaba todavía, como al levantarse del lecho, perezosa, soñolienta, y más bella en su lánguido abandono, en el descuido de su apenado pensamiento, que adornada de brillantes galas y sonriendo el semblante á próximas esperanzas lisonjeras.

Al ver á Valdés, tiñéronse ligeramente de rosa sus mejillas, y desvió un punto los ojos como apartándolos de un objeto repulsivo.

Valdés se acercó tendiéndola su mano y preguntándola por su salud con el acento solícito del amigo más afectuoso.

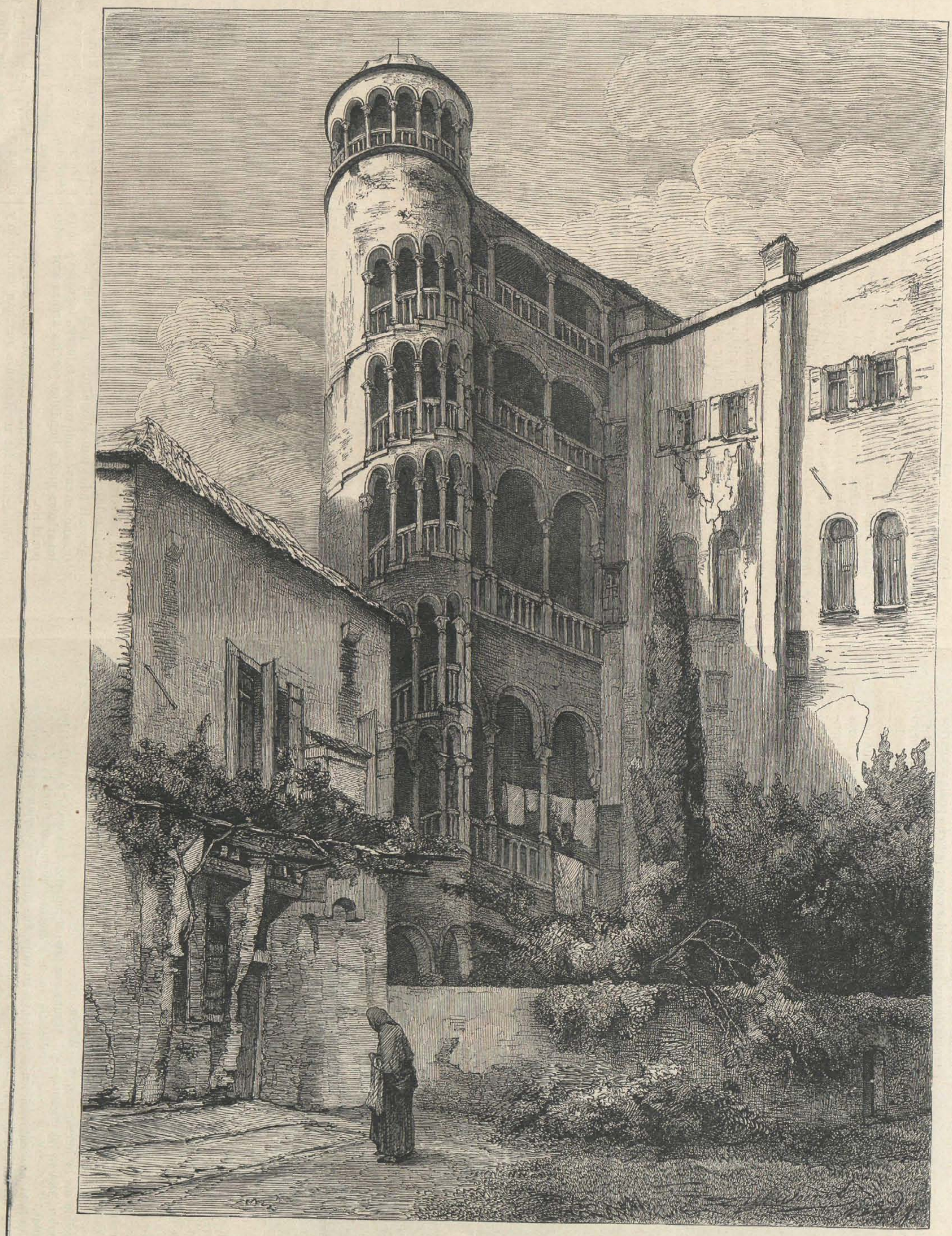
—Bien, respondió Lorenza: ¿y tú?

¿Qué pasó pues entre ambos la noche anterior, que así hallamos á Lorenza tan sosegada, y trasformado en fino caballero al Otelo furioso que vimos dispuesto á matarla como á otra Desdémona?

Recordemos aquí la apreciacion del estudiante de medicina, amigo de Martin, cuando dijo que no faltaria á Lorenza un recurso para calmar la ira de su galan ofendido.

En su poder la llave que arrebató al jóven, Valdés corrió á la puerta y penetró en el jardin. Hirió allí sus ojos un rayo de luz que salia de la mal entornada ventana, precipitóse á ella, abrió de un golpe las dos hojas

© Biblioteca Nacional de España



VENECIA. — La «Antica Scala.»

(Véase la página 158).

© Biblioteca Nacional de España

y saltó dentro del gabinete. Lorenza estaba allí todavía. Un grito de sorpresa se escapó ahogado de su garganta y quedó inmóvil, azorada.

Valdés se detuvo un punto y la contempló como el tigre á la presa que mira segura y se prepara á desgarrar.

Este instante bastó á Lorenza.

Dobló lentamente su preciosísimo cuello; su cuerpo se fué inclinando gradualmente al peso de la cabeza como el tallo de un lirio que se agosta; cayeron sus brazos como miembros muertos, apartando una de sus manos, al deslizarse del pecho, los encajes que velaban su seno de nieve, y quedó así desmayada sobre la otomana.

Valdés dió un paso hácia ella, y otra vez se detuvo.

¿Qué corazon no retrocediera, qué brazo no temblara al asestar el puñal á aquel seno marmóreo más bello que el de la Vénus de Milo, ni que manos llegaran crispadas por el furor á su garganta, más blanca y suave que el cuello del cisne?

Los ojos de Valdés quedaron, sin él advertirlo, como sumergidos en los encantos que contemplaban; su ánimo, acostumbrado á sufrir el dominio de la belleza, sintióse atraido irresistiblemente á ella, y se acercó cediendo á una fuerza magnética superior á su voluntad y á todo recuerdo de agravio, á toda consideracion, á la fuerza misma de irritacion de los celos; y sus manos cogieron y acariciaron los sedosos cabellos que inundaban el blanco seno de Lorenza, y su rostro se inclinó hasta tocar los labios á sus labios.

Valdés dió un paso hácia ella, y otra vez se detuvo.

Entónces los de Lorenza se entreabrieron imperceptiblemente y asomó á ellos una sonrisa que no llegó á percibir Valdés, porque volvió instantánea adentro, derramándose sobre el corazon, poco ántes tan azorado, y triunfante y vencedor ahora del fiero, terrible enemigo.

Así opuso Lorenza poderoso dique al torrente de espantables celos que iba á ahogarla; así conjuró la tempestad horrible que venia sobre su cabeza, y así vino la calma ántes que estallara el rayo contenido en el abrasado pecho de Valdés.

Poder casi siempre invencible de la hermosura, y debilidad de la pasion del hombre, aun en las organizaciones más enérgicas y vigorosas.

El temple de la de Valdés nos lo ha mostrado suficientemente la entrevista suya con los amigos de Martin: su fria calma, que asustó á Narciso Vilafranca mucho más que si le hallara furioso y anhelante por batirse, revelaba bien ese valor natural al que acompañan siempre la serenidad y la indiferencia por el peligro.

Valdés era, pues, un hombre de voluntad y de valor, ménos cuando se hallaba en presencia de Lorenza.

No que á su vista olvidara sus agravios; cuanto más hermosa la miraba, más honda sentia en el alma la espina de sus justificados celos; pero no podia vengarlos en ella. En cambio era implacable con sus rivales, y se satisfacia batiéndolos y humillándolos y gozándose luego en ponerlos en ridículo á los ojos de la mujer que les habia favorecido.

Tal es la explicacion de la extraña armonía que observamos entre Lorenza y su amigo, á las pocas horas de una causa de disension tan grave como el suceso de la anterior noche.

Tomó Valdés asiento cerca de ella, y despues de breves palabras sobre cosas indiferentes, profirió:

—¿Conque ese mocito se llama Martin Urgel?

Lorenza no pudo evitar un movimiento de sensacion.

—No quisiste anoche decirme su nombre, y él se ha apresurado á revelármelo.

El corazon de Lorenza empezó á latir de ansiedad.

—Es arrojadillo... prosiguió Valdés: me ha mandado dos padrinos.

Lorenza se estremeció.

Conocia la destreza en el manejo de las armas y la mala voluntad de Valdés.

Midió éste por el efecto de sus palabras los grados de interés de Lorenza hácia Martin, y añadió:

—Se halla, al parecer, profundamente ofendido. Yo creo que no tiene razon... ¿no es así?

Lorenza hizo un gesto de disgusto á la irónica pregunta.

—Porque si él se da todavía por ofendido, ¿qué hubiera de sucederme á mí? Yo, no obstante, daba el asunto por terminado: me contentaba con el mal rato que le dí despues de los momentos felices que gozó... ¡qué diantre! no podia yo tampoco hacer ménos; pero el mozo es batallador y arrogante, y no hay más remedio que seguirle.

Lorenza estaba sumamente violenta, sufriendo la mortificacion cruel de estas frases y llena de justo temor por Martin.

Alguna vez tuvo el impulso de disuadir á Valdés; pero desistió en el momento mismo, persuadida de que lo intentara en vano. Sus ruegos no harian más que exasperarle y aumentar el peligro de Martin en presencia de tan temible adversario.

Resignóse, pues, á oir, sin replicar una palabra en sen-

© Biblioteca Nacional de España

tido alguno, aunque sin ocultar tampoco la violencia y sufrimiento de su ánimo.

No escapaba esto á Valdés, que profirió:

—Pero veo que te preocupa esto más que podia yo creer, y siento habértelo dicho. En fin, ¿qué hacer? no hay más remedio: mañana quedarán arregladas las condiciones, y pasado, á primera hora seguramente...

Lorenza se estremeció.

—Veo que en realidad te afectas... y ahora es cuando me da coraje ese mozalvete, que así te hace sufrir. Suerte suya es que su daño recaeria en tí... De otra manera... pero ahora tendré en consideracion esa circunstancia, y te prometo que más allá de un brazo ó de una pierna...

—¡Te odio, te detesto! exclamó Lorenza.

—¡Y yo, en cambio, te quiero como nunca, más que nunca! respondió Valdés tomando y besando una de aquellas manos que por lo blancas y frias parecian ahora de nieve.

Y abandonó la casa.

Al quedarse sola Lorenza rompió á llorar desesperada.

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuará).

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO V.

Hay momentos felices en la vida.

Otra vez recorrí la galería que conducia al campo, instalándome á corta distancia de la abertura de la gruta, sobre un montecillo bañado por un rayo de sol que atravesaba los fresales. Entreabriendo un tanto mis élitros, mecíme un rato en la especie de cuna que sobre mi cabeza formaban las plantas, ocupándome luego en mi atavío. Entre nosotros es costumbre hereditaria pulirnos mucho, pues nos gustan el aseo y los perfumes, aborreciendo cuanto huele mal; de suerte que, el insulto de la víspera por parte del cárabo descortés, me habia afectado en gran manera. En ello estaba pensando miéntras que me limpiaba las uñas, y la cólera encendia mi rostro; pero no tardé en desechar ideas tan desagradables. Para que mis pensamientos estuviesen más en armonía con la belleza del sitio en que me encontraba, entoné una alegre cancion.

Largo fué el canto, interrumpiéndole á veces, para escuchar si algun otro sér me acompañaba en mis melodías: juraria que ningun insecto de mi especie habitaba aquellos contornos, pues á nadie oí cantar, silencio que me pareció extraño y al que no estaba acostumbrado. Con todo, si he de ser franco, como la desgracia me habia aleccionado, confesaré que preferia aquel silencio á la vecindad de mis hermanos, quienes en vez de amigos tiernos fueron para mí los rivales más acérrimos.

El tiempo se deslizaba con increible rapidez: hallábame tan contento y satisfecho de verme libre de toda preocupacion penosa, que redoblé el canto, llegando á tal punto mi alegría que daba brincos y gesticulaba como un insensato. Cuando uno se encuentra solo, decia para mi capote, puede hacer lo que se le antoja. Solo me creia, pero no faltaba quien me estaba acechando. En el paroxismo de mis extravagancias encontréme de manos á boca con una langosta que, encaramada é inmóvil sobre una hoja que tenia al lado, mirábame sorprendida y con aire de mofa. ¿Cómo habia llegado hasta aquel sitio sin que la viera? ¿Hacia mucho tiempo que estaba en acecho? No puedo responder á estas preguntas. Al verla apagóse mi entusiasmo, quedando como petrificado y con el aire más estúpido del mundo, sosteniéndome sobre tres patas solamente. En seguida híceme cargo de mi ridiculez y no tuve otra idea que escapar en direccion al pasadizo; pero era tanta

mi turbacion, que no veia la entrada: bastó ese breve momento de indecision para hacerme mudar de propósito; y este fué el motivo de no coronar mis locuras con una tontería.

Volví, pues, á fijarme en la langosta, la cual era jóven, corpulenta, y llevaba traje verde. Ésta no se movió y siguió mirándome con cierta malicia. Fuerza era que yo adoptase otra postura: creí lo más acertado lanzar una carcajada estrepitosa. La langosta se sonrió; luego, arrastrada por mi ejemplo, abandonóse á su vez á una franca hilaridad. Me habia salvado.

—Me place haberos encontrado, amable langosta, dije por decir algo. Creíame completamente solo, cuando por el contrario me cabe la dicha de poder ofrecer mis respetos á un insecto tan digno como vos.

—¿Vuestra satisfaccion es tan grande como decís, amable grillo? Opino, por el contrario, que al principio mi presencia os sorprendió, ó tal vez os fué molesta.

—¿Que me sorprendió? no lo niego. ¿Há mucho que llegásteis?

—Pasaba por aquí y la curiosidad me ha hecho detener un instante. Diríase que estais muy contento.

—Algunas veces trato de olvidar mis penas cantando y bailando. Amiga mia, estais viendo al más desdichado de los grillos.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Quién lo dijera!

—Sin embargo, es la pura verdad.

—Es este un modo bien particular de expresar las penas.

—Las extravagancias de que poco há fuísteis testigo, tenian por objeto distraerme. Soy un mísero desterrado.

—¿Un desterrado?

—Nada más cierto. Nací á corta distancia de este sitio; pero blanco del odio de mi familia, tuve que abandonar mis lares, los deliciosos sitios en donde se deslizó mi infancia, para librarme de infames maquinaciones que ponian mi existencia en peligro.

—¡Pobre grillo!

—Llegado á esta comarca, no sin haber corrido en el camino los mayores peligros, una casualidad afortunada hizo que me encontrara con una parienta, la cual me dispensó cordial hospitalidad.

—¿Quién es esa parienta?

—Una cigarra que ya peina canas. Estamos á la puerta de su habitacion.

—¡Ah, ya sé! Téngola por muy buena hembra.

—Sí por cierto, pero es un poco rara.

—Vos lo dijísteis.

—¿La conoceis á fondo?

—Eso no; es muy casera. Pero me han hablado de ella.

—¿Sois de esta tierra? Tendreis aquí parientes, amigos...

—Sí, nací en este fresal y jamás lo he abandonado.

Así seguimos hablando, durante más de una hora, sobre diversas materias. Mucho me agradaba la langosta, de suerte que no encontré pesada su conversacion.

—Estos sitios son encantadores, proseguí; quiero establecerme aquí. ¿Venís á veces á pasear por este lado?

—De cuando en cuando. Me dejo guiar por el acaso.

—¡Oh amabilísima langosta! ¡cuán contento estoy de haberos encontrado! Vuestras simpatías me prueban que os compadeceis de mi triste suerte; escuchándoos, llego á olvidar mis pasados infortunios.

—¡Adios, lindo grillo! no puedo detenerme más.

—¡Cómo! ¿ya me dejais?

—Es preciso.

—¿Volveré á veros?

—Tal vez.

Dicho esto me saludó con gracia, y de un salto se lanzó en el espacio. Todavía la ví un momento moviendo sus alas color verde pálido; despues desapareció del todo.

* * *

Quedéme pensativo algunos momentos, con los ojos fijos en la direccion que habia tomado la langosta. La claridad diurna iba desapareciendo, no siendo poca mi sorpresa al ver que el sol ya trasponia las lejanas colinas. ¡Cuán rápidas habíanse deslizado las horas! Vacío estaba mi estómago y no sin razon empezaba á impacientarse, puesto que desde por la mañana no habia probado bocado.

Hora era, pues, de ir en busca de mis compañeras, y recordando lo que la cigarra me habia dicho en materia de comidas, estaba seguro de que al llegar á su casa podria en el acto satisfacer mi apetito.

Efectivamente: al penetrar en el comedor encontré á mi prima comiendo por la duodécima ó la décimaquinta vez su plato favorito, es decir, algunas larvas de salton. Lampiro, instalado en un repliegue de la pared, parecia dormir profundamente; mas habia tenido la amabilidad de dejar encendida su lamparilla. La araña no habia salido aun de su estupor; veíasela semi-velada por las sombras, acostada de lado, alargados los miembros, en el mismo sitio en que yo la dejara la víspera, en un rincon.

—¿De dónde vienes que no te he visto en todo el dia? me dijo la cigarra entre bocado y bocado. ¡Vaya un paseo más largo!

—Nada largo ha sido el paseo, la repliqué sentándome á la mesa y empezando á mascar; no me he movido de la puerta de vuestra casa. Lo que ha sucedido es que, la suavidad de la atmósfera y el grato calor que despedian los rayos solares, me han retenido hasta la hora presente. Vuestra morada está muy agradablemente situada.

—Confieso que tales ventajas no me preocupan gran cosa, si bien á ellas debo la abundancia de mi despensa, lo cual es una gran fortuna para mí.

—Acabais de hacer una profesion de fe sincera.

—¿Por ventura te sorprenden mis palabras? Amigo, tú eres todavía jóven; cuando tengas mis años, cambiarás de ideas sobre este particular. Paulatinamente te volverás prosáico, aficionándote de paso al regalo de la mesa. Cada edad tiene sus goces.

—Así pues, sois ya vieja, prima.

—Ante todo te diré que me pareces harto indiscreto. ¿Acaso se pregunta nunca la edad á los séres de mi sexo? Tengo los años que aparento, ni más ni ménos.

—Dispensad, querida prima, la dije riendo; no he querido ofenderos, no. Sólo que, habiéndome dicho ayer que podíais ser mi abuela, creí...

—¿Eso dije? No lo niego; pero debes contentarte con tan vaga indicacion, ya que las hembras tenemos especial cuidado en ocultar los años.

—¿Ha ocurrido alguna novedad durante mi ausencia?

—Nada que merezca contarse. Lampiro ha dormido con el tranquilo sueño de un insecto honrado que nada debe á su estómago ni á su conciencia; en cuanto á la araña, continúa aletargada.

—¿Suponeis que todavía permanecerá algun tiempo así?

—Ni lo sé ni me importa un bledo. Toma esa ninfa de balanina, cuyo sabor es exquisito, pues las larvas viven dentro de las avellanas.

—Efectivamente, es bocado delicioso. ¿Encontrais con frecuencia de esas ninfas?

—Á pocos pasos de aquí hay un avellano, y como en la estacion que corre las larvas de balanina agujerean la cáscara de las avellanas para salir fuera y metamorfosearse bajo el suelo, me es fácil darles caza, lo cual no me desagrada, pues es plato de mi predileccion.

—Vos teneis sobre mí la incontestable ventaja de poder escarbar la tierra para procuraros el sustento. Los grillos debemos contentarnos con lo que está al alcance de nuestras uñas.

© Biblioteca Nacional de España

ENTUSIASMO ARTÍSTICO.

(Véase la página 159).

© Biblioteca Nacional de España

—Sin embargo, los grillos tambien escarban la tierra.

—Sólo para abrirse una vivienda.

—¿Y qué comen?

—Moscas, correderas, hormigas...

—¡Vaya un bocado las hormigas! Saben á ácido á la legua.

—Uno se acostumbra. Tambien nos sustentamos con tallos de yerba.

—Ruin alimento. No te muevas de aquí y todos los dias comerás de gorra.

—¡Cuán buena sois, prima mia! Con mil amores aceptara vuestra oferta, pero hay un obstáculo.

—¿Cuál?

—Que encuentro demasiado oscura vuestra habitacion. No siempre tendremos la lamparilla del amigo para alumbrarnos; y luego, me gusta infinito el calor solar.

—Y el hálito del céfiro, y el perfume de las flores, y el verdor de los campos, etc., etc. Entiendo, primito, entiendo... Enhorabuena; albérgate cerca de aquí. Nada te impide fabricarte una vivienda conforme á tus gustos.

—En esto estaba pensando.

—*Entónces, no se hable más del asunto:* manos á la obra.

No creí prudente participar á mi prima el encuentro de la langosta, pues á saberlo á él habria atribuido mi súbita determinacion de establecerme en aquellos sitios.

—¿Has satisfecho el apetito, querido? ¿Sí? Bien está; ahora véte á acostar. Buenas noches. Á no ser que prefieras salir afuera para extasiarte contemplando la luna.

—No, me gusta más la cama. ¿No teneis miedo á los topos esta noche?

—Parece que hoy por hoy estamos libres de su presencia. De todos modos, descansa en mí; al menor ruido que sintiese te despertaria.

* * *

Aquella noche no fué tan tranquila como la anterior, pues á una hora bastante avanzada (á lo ménos á mí me parecia haber dormido largo rato), me despertó ruido de voces. Escuché con atencion; hubiérase dicho que álguien se disputaba en los corredores de la casa. La voz de mi prima, que conocia perfectamente, alternaba con otra cuyo timbre no me era desconocido del todo. Apostara yo doble contra sencillo que mi parienta estaba colérica; así pues, me preparé para volar en su auxilio, si bien comprendia que si se veia obligada á defenderse en la angosta galería de su vivienda, de poca utilidad podria yo serle, aunque mi presencia no dejaria de atemorizar al adversario inesperado. Confesaré, sin embargo, que nadie me llamó. Pronto cesaron los gritos, acabando por reinar completo silencio, de lo que deduje que el enemigo se retiraba. Lampiro continuaba durmiendo como un liron.

El dia siguiente supimos que mi prima, que siempre está alerta, habia sido despertada hácia las tres de la madrugada por un rumor vago, una especie de roce procedente del corredor; que como el ruido se hacia más perceptible por momentos, se levantó para ver lo que aquello significaba, encontrándose en presencia de un cárabo que, sin permiso del portero, habíase introducido en su casa: interrogado por la cigarra respecto á sus intenciones, el cárabo se insolentó, (¡oh raza maldita y vanidosa!) retirándose al fin, no sin echar pestes y amenazar á mi parienta.

—Otras veces he sido víctima de semejante invasion, añadió la cigarra, de suerte que la cosa no me preocupa. Los cárabos y otros bandidos de su especie introdúcense en mi domicilio para robarme las larvas, lo que ningun daño me hace, pues fácilmente me procuro otras; pero en la presente ocasion, amigo Lampiro, me he irritado á causa de vos. El maldito cárabo hubiese sido capaz de arrebataros de aquí.

La luciérnaga manifestó calurosamente cuán reconocida estaba á la cigarra por aquel acto, y yo tambien la felicité por su vigilancia é intrepidez.

—¡Oh! basta de lisonjas, amigos mios; mi conducta no merece tantos elogios. No me infunden miedo los cárabos, puesto que siempre les he ahuyentado de mi presencia.

—¿Acaso el de que se trata no os ha rociado con el licor infecto de que van provistos?

—Imposible. ¿Cómo quieres que lo hiciera si para salir de mi casa ha tenido que marchar hácia atrás, al igual que los cangrejos, y yo no le perseguí?

Aquel dia trascurrió como el anterior. El tiempo era magnífico, de suerte que hasta la noche me entretuve

en cantar sobre el montecillo donde ántes pasara horas agradabilísimas. En vano esperé á la langosta, pues no pareció. ¿Habíase visto imposibilitada de acudir á mi lado? ¿acaso me habia olvidado? ¡Son tan casquivanas las langostas! Con todo, la que tanto afecto me inspiraba parecíame más formal que las otras: habíame demostrado cierta simpatía; y luego, nuestra despedida infundíame alguna esperanza. En fin, fuerza era olvidarla; y, siendo ya muy tarde, encaminéme á mi morada.

Al penetrar en ella ví que no estaba como la dejé. La araña habia acabado por desentorpecerse y se entretenia charlando con la luciérnaga, viéndose junto á ella algunos restos de comida. Luego supe que habia despertado medio muerta de hambre, y que compadecida de ella la cigarra le habia cedido generosamente dos ó tres larvas de coleópteros, que á falta de moscas le sentaron muy bien.

La pobre araña se apresuró á darme las gracias por haber intervenido en su favor cuando su vida sólo pendia de un hilo, y esto me probó que habia oido nuestra conversacion. Miéntras tanto la cigarra iba de acá para allá, diríase que un tanto atareada.

Aquella noche todos nos mantuvimos silenciosos. Terminada la cena, cada cual se fué á su cama, instalándose junto á mí la araña, Lampiro en su habitual repliegue, y la cigarra en la boca del corredor.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuará).

© Biblioteca Nacional de España

FÍSICA,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

ALUMBRADO ELÉCTRICO.

(CONTINUACION).

Pasmosa es, en efecto, la actividad de ese hombre: sorprendente la perspicacia con que alguna vez ha descubierto el lado de un fenómeno no reparado por los sabios: extraordinaria su intuicion de lo útil que le hace dueño de un detalle despreciable para el hombre de ciencia, y para él esencial: grandísimo su ingenio mecánico, sobre todo en lo que se refiere á movimientos delicados, que ha sido hasta ahora su terreno propio y campo de sus proezas. Agréguese á estas eminentes, positivas y valiosas facultades, el que la fama al sonar la trompeta para él ha inflado los carrillos con más fuerza que para otros afortunados inventores contemporáneos: añádase aun que el nombre de Edison se ha pegado fácilmente al oido del vulgo que se complace en colgar del altar de la gloria de este americano milagros de inventiva que corresponden á otros santos de la ciencia, y no nos causará extrañeza el saber que se le ofreció cuanto capital necesitase para fundirlo en el crisol de su experimentacion y obtener despues el boton aurífero de la piedra filosofal. ¿Lo sacará? «Lo ha sacado,» leemos hoy 30 de enero 1879, en varios periódicos. «Edison ha resuelto el problema de la divisibilidad de la luz eléctrica,» dice uno. «Edison ha obtenido ya el privilegio de su invencion en todas las naciones del mundo,» dice otro. «Edison ha nombrado ya sus representantes en Europa,» leo en aquel. «Edison ha dado órden para tratar con los ayuntamientos de las grandes poblaciones la sustitucion del gas por la electricidad,» leo en este. Y sin embargo nadie sabe nada; y esta general ignorancia

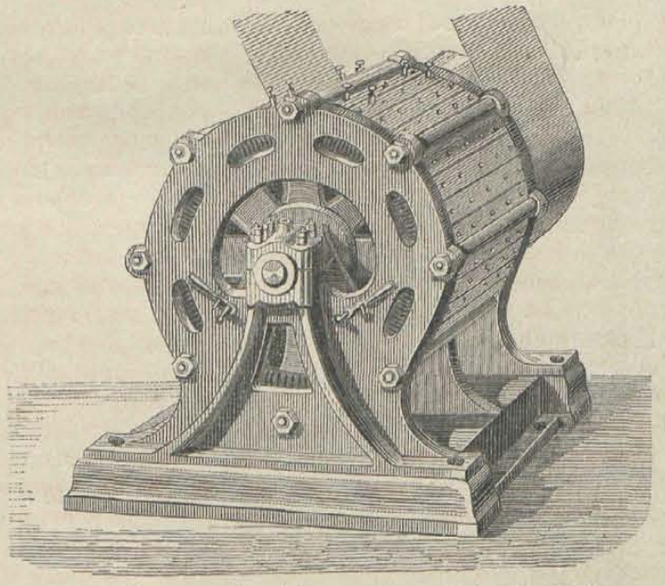


Fig. 5. — Nueva máquina de Gramme, de corrientes alternativas.

que tanto se prolonga, y ese gran secreto que tanto se calla, da pié á que algun escéptico interrumpa ese coro de noticias, preguntando: «pero ¿Edison existe?» Quién asegura que el invento estriba en poner incandescente por medio de la corriente eléctrica una pasta compuesta de platino en polvo muy fino amasado con alúmina; quién dice que en vez del platino es el iridio; quién que todo ello consiste en una cosa tan sencilla y tan conocida, que cuando se sepa causará asombro el que no se haya dado ántes en el *quid*. La verdad del caso es que no sabemos nada de positivo, y que, una de dos, ó estamos siendo víctima de una mistificacion bicontinental, á la que es ajeno Edison, mas no otros interesados, ó tendremos que ceñir la frente de este hombre ya ilustre con el laurel de la más espléndida victoria, y concederle todos los honores del triunfo, que jamás emperador romano fué más digno de merecerlo: porque la resolucion del problema, en sus dos partes, seria la obra de un verdadero genio científico industrial. Mucho sentimos confesarlo, pero tenemos por más probable la primera parte de la disyuntiva. Lo más que estamos dispuestos á conceder, es que tal vez Edison ha dado algun paso en el camino del problema. Este paso ha originado todo ese movimiento de noticias exageradas, de temores, de esperanzas, y lo que es peor, de jugadas de bolsa sobre las acciones de las empresas de gas.

TORNEO ENTRE LA LUZ ELÉCTRICA Y EL GAS.

Tal nombre puede darse al gran ensayo comparativo que vá á hacerse en Paris entre el sistema eléctrico Jablochkoff y el alumbrado por gas. Este viejo campeon se apercibe á la lucha con nuevas armas. La compañía del gas de Paris ha manifestado al municipio que no teme la comparacion; que no rehuye el combate, sino que lo desea; pero quiere entrar en él con todos sus medios y sus ventajas, esto es, empleando aparatos de gas perfeccionados, que darán más luz que los antiguos faroles, á igualdad de flúido consumido. El ensayo tendrá lugar á la vez en las calles, en las plazas y en grandes locales cerrados, y durará un año. Hé aquí el *proyecto de programa* que el Municipio ha aprobado.

El alumbrado eléctrico por el sistema Jablochkoff se establecerá:

1.° En la plaza y avenida *de l'Opera*, y plaza *du Théatre-Français*.

2.° En la plaza *de la Bastille*.

3.° En un pabellon *des Halles centrales*.

El alumbrado por el gas perfeccionado se establecerá:

1.° En la calle *du Quatre-Septembre*.

2.° En la plaza *du Chateau-d'Eau*.

3.° En un pabellon *des Halles centrales*.

El Ayuntamiento abonará á la Sociedad general de electricidad por cada bujía Jablochkoff á razon de treinta céntimos de peseta por hora en vez de los sesenta céntimos que pide la Sociedad.

Con respecto al número de luces eléctricas á que se refiere este ensayo comparativo, habrá 62 en el primer sitio señalado, ó sea en la avenida de la Ópera y plazas adyacentes; 15 en el segundo y 6 en el tercero: total, 83 luces eléctricas.

Á estas 83 bujías eléctricas la Compañía del gas opondrá: en el primer sitio señalado para su campo, que es la calle del Cuatro Setiembre, 120 mecheros de gas, que consumirán cada uno 175 litros por hora; en el segundo sitio, 384 mecheros de los cuales 152 serán de un consumo de 175 litros, y 232 serán de 200 litros; en el tercer sitio, 160 mecheros de 175 litros: total 664 mecheros grandes de gas.

Tal es hoy el estado en que se encuentra la gran cuestion del alumbrado eléctrico. El porvenir de la luz eléctrica parece lleno de halagüeñas promesas, que si se realizan, las pondremos inmediatamente en conocimiento de nuestros lectores. Por lo demás, preciso es convenir en que el espíritu del siglo, encarnado en el tanto por ciento, no permite madurar los trabajos é invenciones de los físicos en la soledad y quietud del gabinete ó del laboratorio, y que casi en agraz se entregan al consumo. De esto sin duda alguna adolecen los

© Biblioteca Nacional de España

EL ÚLTIMO ADIOS.

CUADRO DE GABRIEL MAX.

(Véase la página 160).

© Biblioteca Nacional de España

ensayos hechos en Paris en las vias públicas, y de esto se resentirán todavía los del anunciado torneo.

Ántes, estudiaban los sabios apaciblemente en sus gabinetes, siguiendo el camino á que su natural vocacion los inclinaba, aislados, y casi desprovistos de cuanto para la experimentacion necesitaban: raras veces

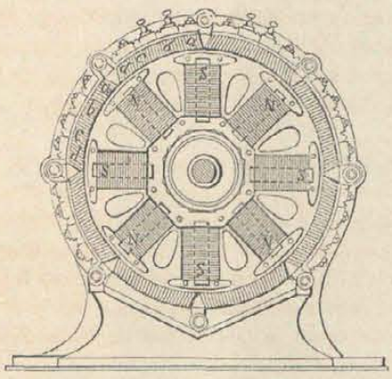


Fig. 6. — Corte vertical de la máquina anterior.

venia á impulsarles ó á animarles algun auxilio moral ó material de fuera, y no pocas venian del exterior obstáculos á sus trabajos: apénas recibian otro galardon que la satisfaccion propia por sus descubrimientos: caian éstos sobre la humanidad como la semilla sobre tierra seca: no habia entónces esa inmensa falange científica de hombres de la aplicacion que se llaman ingenieros, que miran siempre la ciencia por el lado práctico, y que son para el fecundo grano creado por el sabio, la lluvia que lo hace germinar y producir los frutos de que la humanidad se alimenta. Buena y útil es esta moderna division del trabajo, y provechosísimo para todos el que los poderes públicos, las sociedades, y el interés particular, ayuden, premien y estimulen á los obreros de la ciencia. Algo se ha ganado en este sentido, y algo hay que agradecer por ello á nuestra época. Pero hecha esta justa confesion, confesemos tambien que el espíritu del siglo ha traido algo que no es tan bueno. Hoy no se dice al sabio: *Pide cuanto necesites y estudia lo que quieras, que en la ciencia no hay nunca semilla inútil,* ni se dice al ingeniero: *mira el trabajo del sabio y ve en qué puedes utilizarlo.* Hoy parece que se dice á todos: *Órden del dia de la humanidad.—La humanidad ha visto la luz eléctrica y ha decidido alumbrarse con ella pagándola á ménos precio que el gas. El primero que llegue á resolver el problema, tendrá más representantes en el mundo que todos los soberanos: el que llegue una hora despues, llegará tarde.* El cultivo de la ciencia no se hace hoy por muchos en campo tranquilo y sosegado, tirando del arado el perezoso buey, sino cual en hipódromo y á la carrera, y con la espuela del interés, y entre los hurras de la prensa, los privilegios de invencion, los telégramas mentidos ó verdaderos, y las emociones de la bolsa. Se impone al sabio el camino por donde ha de dirigir su actividad y se le da el tema á su inteligencia, y se le pide la resolucion barata y rápida, y si le acomete el cansancio ó se deja llevar del desaliento, se le dice como á otro judío errante: *anda, no te pares, porque se te puede adelantar otro.* Por esto se ha lanzado la electricidad prematuramente por las calles de Paris, cuando todavía no debia salir de los talleres, de las fábricas y de los grandes locales cerrados. El querer aplicar un descubrimiento ántes de que llegue á su desarrollo, no es allanarle el camino, ántes bien se le dificulta con un inmerecido descrédito.

(*Continuará*). FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

VENECIA MONUMENTAL.

LA «ANTICA SCALA.»

(Véase el grabado de las páginas 148 y 149).

Comunmente se cree que en una ciudad como Venecia, cuyos monumentos arquitectónicos, tan notables por la deslumbradora impresion que producen, son universalmente conocidos y de los que hay publicadas mil descripciones, es imposible hallar un edificio artístico de importancia que hasta ahora no haya excitado la atencion general. Y con todo, en la antigua ciudad de los Dux hay uno, único en su clase, conocido apénas de los mismos venecianos y que los extranjeros no han casi estudiado. Ninguna *Guia del viajero* ha juzgado oportuno llamar la atencion de los curiosos hácia el monumento en cuestion y pocos de los innumerables cicerones que acompañan á los aficionados á lo bello á través de las calles de Venecia, saben donde está emplazado.

El edificio de la «Antica Scala,» digno por más de un concepto de ser conocido, álzase no léjos de la plaza de San Márcos y á dos pasos de la muy celebrada Frezzaria y del Campo de San Lúcas ó Paterniano, entre el laberinto formado por las tortuosas, angostas y sucias calles que limita el rio Fuseri, por la calle de este nombre y la denominada *delle Locande.* Primeramente se encuentra un descuidado jardincito, desde donde se penetra en un estrecho, elevado y maravilloso edificio, que recibió del pueblo el nombre de «Antica Scala» (Escalera Vieja), fundado en que en pasados tiempos servia de escalera á un ruinoso palacio, en cuya pared se apoya hoy todavía, ostentando en su parte anterior una graciosa, esbelta y redonda torre, alta de veinte y tres metros, y atrevidamente apoyada en una sencilla columna, que parece increible que pueda sostener tan pesada mole. En el espacio circular donde se levanta la mencionada torre, vese un atrevido pórtico con arcos de herradura y apoyados sobre delgadas columnas, apoyándose á su vez sobre el pórtico el espigon de la escalera de caracol que sube por el interior del edificio. Las mismas columnas sostienen además la pared de la torre. Aquella obra atrevida está sin embargo dotada de tanta solidez como donosura, puesto que todos los peldaños de la escalera encajan en la correspondiente ranura del espigon y son de una sola pieza, de mármol de Istria. A la línea de cada grada vese una preciosa balaustrada y columnata de mármol, cuyos jónicos capiteles sostienen arcos prolongados de medio punto desde la base hasta el remate de la escalera. Tan atrevidos arcos sirven á su vez de apoyo á los peldaños sobre ellos colocados, resultando así hasta cinco pisos superpuestos, el último de los cuales lo forma un espacio abierto circular rodeado de columnas. Corona el edificio un bonito chapitel. La parte del palacio en que descansa la célebre escalera que nos ocupa, está dividida en cuatro pisos que desde la planta baja guardan simetría con los de la torre. Cada piso viene á constituir un aposento abierto con balaustradas y dos columnas, las cuales, pareadas y en union con dos pilastras adosadas á la pared por ambos extremos, aguantan tres arcos semicirculares que sirven de base á la galería encima situada.

Grande é indescriptible es la impresion que produce el exámen de aquella pared con tantos huecos como forman las columnas que sirven de armazon á la escalera de la torre, y que dan testimonio de un brillante triunfo alcanzado por la arquitectura, gracias al completo dominio de las asperezas y dificultades de la materia. Digna de advertirse es tambien la circunstancia de

© Biblioteca Nacional de España

que haya podido levantarse un edificio tan esbelto y atrevido en una ciudad como Venecia, cuyas torres todas descansan sobre muros macizos y no en muro trepado. Ni siquiera el elegante y aparatoso Renacimiento ostenta ninguna abertura en los muros de las torres, por más que no dejara de procurarles alguna especial gracia, colocando en la parte superior, bien sentada siempre, alguna vistosa galería, miéntras que la restante pared se presenta maciza, sin hueco ninguno, como no sean los de las ventanas exigidas por la necesidad y que son por extremo pequeñas. Fundábase este procedimiento en la experiencia de pasadas épocas en que las torres, á pesar de sus sólidos cimientos, acababan por derrumbarse, inclinarse ó cuartearse. Así acontece que todas las de Venecia están hoy dia más ó ménos inclinadas, especialmente la de la iglesia de San Jorge de los Griegos y la de San Estéban, así como el campanario de la vasta iglesia de Burano, la más peligrosa de las torres de la ciudad de las lagunas. Sólo la «Antica Scala» constituye una excepcion, siendo, como hemos dicho, la torre más atrevida de Venecia.

El nombre del arquitecto que dirigió la obra verdaderamente admirable de la escalera de caracol de que estamos hablando, yace en el olvido como los de muchos otros no ménos célebres. Sin embargo, la tradicion la atribuye á Scamozzi, cosa imposible, ya que en la época en que vivió el citado arquitecto hubiéranle faltado elementos para vencer las dificultades de concepcion tan atrevida como la «Antica Scala.» Ésta pertenece á los años 1502-1544, edad de oro del Renacimiento, cuando florecia en Venecia la escuela arquitectónica lombarda, al paso que las obras de Scamozzi datan de medio siglo despues. Antes que á dicho autor, dice el ilustrado señor Klepper, que nos sirve de guia en estos apuntes, opino (opinion que no trato de imponer á nadie) que pudiera atribuirse la Scala á Guillermo de Bergamo, el arquitecto de sentimientos más delicados y más digno de estima que en la época del Renacimiento tenia la ciudad de Venecia. En cuanto al palacio adosado á la Scala, pertenece al siglo décimocuarto y es de estilo ojival, pero escaso en importancia. Su fachada principal mira al rio de San Paterniano; y desde el puente de Verona se ve perfectamente bien. Fué propiedad un tiempo del dux Jacobo Contarini, de la poderosa casa de los Contarini, que tan marcado papel desempeñó en la historia de Venecia. Este palacio alcanzó en todos tiempos especial predileccion de los Contarini, hasta el punto de enlazar su apellido al nombre del edificio, pues los descendientes de Jacobo Contarini apellidáronse los Contarini del Caracol, aludiendo á la escalera de caracol ya construida para el uso del palacio, y la cual debió llamar mucho la atencion de los venecianos y ser motivo de orgullo para sus poseedores. Este sobrenombre, sin embargo, no lo tomaron los Contarini hasta el año 1544, al enlazarse Juan Bautista con una hija de Marino Justiniano, y como su inmediato ascendiente Pedro María no habia adoptado aun tal apellido en 1502, debe deducirse que la famosa escalera no existiria en aquella fecha, y sí en 1544. Desde este año todos los miembros de la familia Contarini añadieron á su apellido el sobrenombre de Caracol (*Bovolo* en italiano), hasta quedar extinguido en la persona de Isabel Contarini, la cual en 1717 enlazó con Juan III, ó sea Francisco Minelli, nieto de Domingo Minelli, de Bergamo, que en 1650 adquirió el patriciado veneciano. La referida Isabel, segun parece, aportó en dote al matrimonio el palacio con la famosa escalera, que de esta suerte pasó á manos de su esposo, llamándose desde entónces su familia Minelli del Caracol, aunque ya á la sazon poseia otro palacio en la Giudecca. Los Minelli, al igual de los Contarini, siguieron añadiendo á su apellido la adicion de Caracol, y en cambio el palacio tomó el suyo, que conserva al presente. Á fines del siglo pasado poseíale un francés llamado Emery, el cual al morir lo legó á los pobres de San Lúcas, sus actuales propietarios. Está el palacio al cuidado de la comision administradora de una sociedad de beneficencia, y el producto de sus alquileres ingresa en la caja de los pobres. Gracias á la munificencia de un particular, han venido éstos á ser los legítimos dueños del monumento más bello de la época del Renacimiento existente en Venecia.

Convertido en posada á principios del siglo actual, fué objeto de grandes reformas adecuadas al destino que se le daba, pero en 1871 hízose en él una completa restauracion, devolviéndose á la torre su primitiva magnificencia y esbeltez. El director de este último trabajo fué el inteligente señor Castellazzi, profesor de la Academia florentina y autor de la importantísima obra *Recuerdos del estilo oriental*.—V.

MAZA DE HÉRCULES.

(Véase el grabado de la página 144).

Al mediodía del antiguo reino de Polonia, y en un valle rodeado de montañas, cerca de Ojcow, pueblo regado por el Prondnik, levántase un peñasco gigantesco, más ancho en la cima que en la base, figurando una maza invertida, por cuyo motivo los habitantes le llaman *Maza de Hércules*.

Junto á la Maza y asentado sobre otro peñasco, vese el antiguo castillo de Pieskowa-Skata, que data de principios del siglo décimocuarto. La fábrica de este edificio es atrevida, constando de tres pisos, divididos en dos partes, ó sea el antiguo castillo y el nuevo. En otro tiempo la parte antigua se componia de cien piezas con cómodos balcones. Abriéronse subterráneos en la peña viva, y al presente el nuevo palacio contiene sesenta departamentos, además de la capilla. Una de las cosas más notables que encierra este castillo, ó *villa*, es un pozo muy profundo. Rico en armaduras de pasados tiempos, en cuadros y en utensilios domésticos, en 1851 un incendio lo devoró casi todo. Su actual dueño, el señor Mieroszewski, ha hecho restaurar esta posesion.—B.

ENTUSIASMO ARTÍSTICO.

(Véase el grabado de la página 153).

Ahí tienen ustedes dos mozos de provecho: dos futuros cofrades de san Crispin: dos aspirantes al título de maestro de obra prima, que topándose por acaso en medio de la calle, muestran ufanos y orgullosos los productos confeccionados por... el jefe de su taller.—¿Qué me dirás tú de esas pantuflillas destinadas á aprisionar el breve pié de aristocrática dama que sólo huella tupidas y blandas alfombras? Vamos, ¿qué le tienes que oponer á ese rizadillo de cinta, y á la suave y olorosa piel de Rusia con que se han hecho? ¿Pues y el tacon? ¿No es una verdadera obra de arte? Tan pulido, tan lustroso, de curvas tan suaves... Pues compadre, todo esto se hace en casa. Bien haces, bien haces, en ocultar esas chocolateras que parecen tumbas de filisteo con cañones de chimenea. ¡Qué suelas, qué tacones, qué pespuntes, y sobre todo, qué basto y ordinario material! ¿Y para esto

© Biblioteca Nacional de España

estudias? Por este camino á lo más que alcances será á calzar inválidos, especieros ó propietarios arruinados, miéntras que yo...—Con todo esto no daria yo mis botas de becerro en tiempo de barros, por todas tus zapatillas de gamuza disfrazada de cosa mejor, y destinadas á damiselas enclenques y perezosas, al paso que mis botas están diciendo que han sido hechas para correr mundo y ganarse la vida como Dios manda.—Envidia, compadre, envidia.—Ea, pues, allá veremos quien medra más.—V.

EL ÚLTIMO ADIOS.

(Véase el grabado de las páginas 156 y 157.)

El grabado que publicamos en las páginas 156 y 157, copia de un cuadro de Gabriel Max, es el compañero, ó *pendant* segun la palabra consagrada ya por el uso entre artistas y meros aficionados, del que dimos á luz en las 52 y 53 del presente volúmen.

Nada diremos respecto de las condiciones artísticas de la composicion, puesto que para ello tendríamos que repetir lo que entónces consignamos: nos limitaremos, pues, á llamar la atencion del lector respecto de la manera como Max ha realizado el asunto que se propuso.

En aquel nos ofrece una jóven privada de la vista, pero que iluminada por la luz de la fe, sirve de guia á los que penetran en los sombríos corredores de las catacumbas: en éste es tambien una jóven la figura que llena el cuadro, siendo igualmente la fe la virtud que la domina y comunica fuerzas para arrostrar el martirio, persuadida de que el cruento sacrificio ha de abrirle las puertas de un mundo mejor, en el cual gozará dicha completa y perdurable.

Léjos de imponerle la fiereza de la hiena y el leopardo que entregados á la lucha aguardan el instante de devorar la víctima inocente ofrecida á su saña y voracidad, tranquila, sonriente, iluminada con la luz refulgente que inunda el rostro de los elegidos, dirige una mirada llena de amor dulcísimo é inefable hácia el lugar en que debe hallarse el que, en el momento de despedirse del mundo material, á fin de comunicarle todo el valor y resolucion que debia menester en aquel trance supremo, hále arrojado una rosa que ha venido á caer á sus plantas, y en la cual clava sus ojos siniestros el tigre dispuesto á lanzarse sobre la tierna doncella.

Aquella flor, como la palma colocada en el cuadro Luz á los piés de la cieguecita, tiene en el cuadro que nos ocupa un valor simbólico de no pequeña importancia. Es un testimonio, elocuente para la jóven, de que entre la apiñada muchedumbre que llena las extensas graderías del vasto anfiteatro, deseosa de presenciar las convulsiones en que debe retorcerse al exhalar su postrer aliento, la jóven *cristiana* cuya belleza no ha de influir en el ánimo de los que sedientos de sangre y ciegos de venganza, han de gritar hasta enronquecer, «cristianos á las fieras,» es un testimonio, decimos, de que en medio de aquella feroz muchedumbre, existe un corazon sensible que alentando los sentimientos que á ella la dominan, al sembrar de flores, cual se hace con el vencedor, la senda que debe recorrer, al par le presta auxilio para que no desfallezca en el supremo momento, y al par la avisa de que al dar á la tierra el *Adios postrero*, penetra en aquel mundo de delicias inefables é inextinguibles, en el cual se encontrará un dia con el que no la ha abandonado miéntras ha permanecido en el teatro de la lucha, á pesar de la prohibicion que tenian los cristianos de asistir á semejantes espectáculos.

En cambio para aquel pueblo degradado que sólo gozaba revolviéndose en el cieno de los placeres más inmundos y de los espectáculos más sangrientos, aquella flor venia á ser algo semejante al obsequio tributado á la arrogante cortesana, en la cual nada más se aplaudia que la belleza material de sus formas, belleza que se esperaba contemplar en el instante mismo en que la fiera convirtiendo su mirada desde la flor á la doncella que junto á sus plantas la veia, lanzárase sobre ella y desgarrare sus cándidas vestiduras.

En suma, un verdadero poema de poesía en uno de esos cuadros que ni son históricos, ni de género, ni realistas ni idealistas, y que sin embargo, como decíamos al ocuparnos en el titulado Luz, se apartan de la inmensa mayoría de los de la propia especie, especie que es la que hoy goza mayor predicamento, y revelan por sí solos en su autor un alma de artista, capaz de cernerse en más dilatados horizontes, el dia en que tenga resolucion para sacudir las trabas que se ha impuesto, deseoso de transigir con las convenciones pasajeras y mudables de la época en que vive.—V.

LA VOZ DEL ÁNGEL.

Cuando era yo muy niña, las horas olvidadas
Pasaba en la ribera del proceloso mar,
Buscando piedrecillas y conchas nacaradas,
Oyendo de las olas el ronco murmurar.
Pero á la vez sentia un plácido murmullo
Que me llenaba siempre de un gozo sin igual;
No era el rumor del agua, ni del aura el arrullo,
Ni el canto de las aves, ni el eco maternal.

Era la voz de un ángel, era su inspiracion,
La que alegraba entónces mi tierno corazon.

Cuando en mi adolescencia soñaba con amores,
Extraños pensamientos surgian en tropel;
Como atrevido enjambre de insectos voladores
Zumbaban y aturdian mi espíritu novel.
Si yo los alejaba, burlando su porfía,
Sonidos misteriosos oia en derredor:
No eran suspiros blandos, ni voces de alegría,
Ni música lejana de insomne trovador.

Era la voz del ángel, era su inspiracion,
La que purificaba mi ardiente corazon.

Sufrí la horrible lucha de afectos encontrados,
Acerbos sinsabores lloró mi juventud,
Y los que me creian exenta de cuidados,
Doblaban con sus burlas el peso de mi cruz.
Quien mi valor sostuvo, no fué la voz humana,
No me ofreció consuelos el mundo baladí;
Pero en la edad madura, como en la edad temprana,
Un invisible amigo velaba junto á mí.

Era la voz del ángel, era su inspiracion,
La que fortalecia mi débil corazon.

En gris han convertido mi oscura cabellera,
Los tristes desengaños, y la provecta edad,
Y ya tranquila espero el fin de mi carrera,
De tempestades libre, ajena de ansiedad.
Mas ¿quién de lo pasado endulza el sentimiento?
¿Quién lo presente aclara, y dora el porvenir?
No es un recuerdo vago, ni un compasivo acento,
No es lazo que la muerte alcance á dividir.

Es una voz del cielo, es una inspiracion,
Que alegra y vivifica mi triste corazon.

Vendrá el horrible trance que tanto al hombre aterra,
Vendrá la muerte fria mi sangre á congelar;
Zozobras y dolores, quizá me darán guerra
Sin que recurso alguno los pueda mitigar.
Mas no serán perdidos mis ayes y desvelos;
Del *ángel de mi guarda*, la voz escucharé,
Y cuando alzar procure mi espíritu á los cielos,
Debajo de sus alas mis ojos cerraré.

Será la voz del ángel, será su inspiracion,
La que al morir bendiga mi yerto corazon.

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

Madrid, 1879.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España